

BIBLIOTECA
Las Grandes Películas
DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423 A

DE MUJER A MUJER

Producción dramática y sentimental
interpretada por la deliciosa
BETTY COMPTON

SELECCIONES CAPITOLIO
CONCESIONARIO:
S. HUGUET. - Provenza, 292
BARCELONA



DE MUJER A MUJER

Argumento de la película de dicho título

— c o —

1

Prohibida la
reproducción

Revisada por
la censura
militar

Los primeros años de Luisa Boucher, cuando sus labios siempre estaban llenos de risas, transcurrieron en el campo, entre árboles, pájaros y flores. Su pubertad y su adolescencia gustaron las alegrías de una vida que tuvo por escena una tierra fecunda y un cielo siempre azul.

Ella entonces era una niña suelta y graciosa, cuyas horas pasaban en ingenuos juegos de locas carreras, de saltos y de bailes a los que daba el ritmo la Naturaleza en medio de los campos.

Nadie escuchaba sus gritos ni sus voces cuando corría por los bosques, satisfecha de vivir, con esa satisfacción inconsciente de un animalito al que nada le falta.

Mas al acercarse la juventud, Luisa sintió que nacían en su alma inquietudes que la orientaban hacia París, despertándole el deseo de conocer la vida tumultuosa de la gran ciudad.

Fue una sorpresa para la niña—apenas mujer—este renacer de su espíritu a nuevas atracciones, que hacían resonar en sus oídos los cantos de sirena de la Ciudad Luz.

Y un día ella corrió como nunca por los amados lugares en los que se meciera su infancia, corrió dando su adiós a los campos, a los árboles y a las flores, y sus pies dejaron su ligera huella en el camino real que debía conducirla a París.

El mundo latía entonces con las primeras sacudidas de la guerra que pronto sepultaría en las regiones de la Europa central granados racimos de hombres fuertes y jóvenes, convirtiéndolos en trágicos cementerios de carne moza.

No se preveía aún la violencia del huracán que ya se desencadenaba; los ríos de sangre todavía eran arroyuelos de escaso caudal.

El mes de agosto del año 1914 tocaba a su fin. Las noches en la capital de Francia tenían el encanto ardoroso de las fiestas de los cabarets, con sus espléndidas mujeres, la sugestión de las nuevas danzas—remedos de simulacros voluptuosos de países quemados

por el sol,—el arrullo sensual de las músicas en que el metal vibra dando sonos hirientes y toda la febril locura de las parejas unidas en el abrazo de la danza, girando con los rostros sofocados por los vapores del champagne y el ansia de los besos.

El nombre de «Moulin Rouge», en letras luminosas, destacábase en el frontis de un edificio en el que las aspas de un molino que destellaba con las luces rojas, verdes y amarillas de sus lámparas, giraban incessantemente, como símbolo de aquel lugar, punto de cita de todas las gentes que apurán la vida a grandes tragos, marchando por las rutas de la voluptuosidad, y también de aquellos otros que buscan en la alegría de sus semejantes una compensación a los dolores y a las fatigas que acaban de sufrir.

A estos últimos pertenecía David Compton, ingeniero inglés, hombre de exquisita corrección y de gran equilibrio moral, oficial voluntario de uno de los primeros cuerpos de ejército de su país que intervinieron en la gran guerra, y que había llegado a París, procedente de los campos de batalla, en uso de licencia.

Poseía David Compton una ternura sin límites por los niños. Así que aquella noche, cuando al entrar en «Moulin Rouge» vió a un pequeñuelo desorientado que gemía llamando a su madre, apresuróse a cogerlo

en sus brazos y a calmar su angustia con caricias.

—He perdido a mi mamá—sollozaba el niño.

—No llores, tontín; yo te la buscaré.

Una señora se les acercó.

—¿Mi hijo!

—¿Es de usted el niño?—preguntóle el oficial.

—Sí; no sé cómo se separó de mi lado y andaba loca buscándolo... Muchas gracias, señor.

David Compton puso un beso en la frente del niño, devolviéndolo a su madre, saludó e hizo girar la puerta de cristales que daba acceso al «Moulin Rouge».

El salón de fiestas del *music-hall* estaba ocupado por una multitud espesa y sofocante.

El oficial inglés tomó asiento a una mesa y dirigió sus ojos al escenario, en el que actuaban algunas artistas.

Su atención, vacilante al principio, fué atraída por el arte de las danzas de Luisa Boucher, la niña de otros tiempos que había vivido toda su infancia en los campos, y que ahora, en la gentil edad de los dieciocho años, se ha trasladado a París, donde vive para bailar y baila para vivir, sin que nada turbe la tranquilidad de su alma, en la que

palpitan los primeros brotes de unas pasiones todavía inéditas.

La figura de Luisa, su rostro vivo en el que los ojos miraban con la elocuencia de la



Su atención fué atraída por el arte de las danzas de Luisa Boucher...

ingenuidad y la armoniosa disposición de su cuerpo, tenían una fuerza de encantamiento a la que no era posible sustraerse.

David sintióse cautivado por la bailarina.

Aun en medio de aquel lugar en que el vicio recitaba sus peores poemas, ella permanecía limpia y dejaba trascender de sus danzas un perfume de juventud incontaminada, como si los gritos de las pasiones que todas las noches se desbordaban en el *music-hall* no la hiriesen...

Llamó a uno de los empleados.

Me agradaría—le dijo—saludar a la señorita que acaba de salir del escenario. ¿Quiere usted preguntarle si puede recibirme?

En su «camerino» Luisa abandonábase a los cuidados de Henrieta, bondadosa mujer, ya entrada en años, que hacía con ella oficios de madre, padre, ayuda de cámara y esclava, sin otra voluntad que la de la joven.

Sentada en un escabel, Luisa tenía apoyados los pies en el regazo de Henrieta, la cual, puesta de rodillas, se los acariciaba esponjándolos con esencias que los purificasen de las fatigas del baile.

—No me haga usted cosquillas, Henrieta...

—¡Pero si no se las hago!

Ella lo que quería era tener un pretexto para una travesura.

Apoyó de pronto los pies en el pecho de la bondadosa mujer y la empujó, derribándola.

—¡Qué loco! —exclamó Henrieta.

—No se enfade usted.

—¡Si no me enfado!...

—¡Ah, entonces voy a quererla más que nunca!

Luisa dió unos saltos por la habitación, besó a su señora de compañía, volvió a



—No se enfade usted...

saltar, corrió luego, brincó después y no se detuvo hasta que sonaron unos golpes en la puerta del «camerino», que se abrió dando paso al enviado de David Compton.

—¿Qué desea usted?

—Vengo a transmitirle el ruego de un oficial inglés, que desea vivamente que le permita saludarla.



—Vengo a transmitirle el ruego de un oficial inglés...

—¿Un oficial inglés? ¿Un valiente?... ¿Ha oído usted, Henrieta? ¿Y qué hago yo?

Luisa fué y vino, andando de aquí para allá.

—¿Qué respuesta le doy?

—Dígale que lo pensaré... o sino dígame que no lo pienso y que acepto sus deseos yendo yo misma a buscar su saludo.

—¡Niña!—protestó Henrieta.—Es peligroso jugar con esas cosas...

—¡Pobrecillo!... Es un oficial... Viene de la guerra... Y ¿voy yo, que soy francesa, a negar los favores de mi cortesía a un hombre que lucha defendiendo mi patria? No, Henrieta; eso no estaría bien.

—De todos modos es un extraño, un inglés...

—¿Inglés has dicho?—replicó Luisa.—¡Será frío como todos! Creo, por lo tanto, que conviene abrigarse antes de presentarse a él.

Echóse una salida de teatro por los hombres y salió con mucho donaire, entrando en el salón de fiestas y dirigiéndose al oficial.

David levantóse al verla.

—¡Oh, señorita, qué amable ha sido usted!

—No lo crea—dijo Luisa riéndose;—vengo a recibir exclusivamente el saludo del militar.

—Sea como fuere, yo le estoy reconociendo... Pero ¿no se sienta usted?

Luisa tomó asiento a la mesa de David Compton, y entre los dos, dueños de una juventud rica en risas, inicióse un diálogo salpicado de agudezas, en el que a veces

surgían palabras subrayadas por una honda intención.

David le habló de su permanencia en el



—De todos modos es un extraño, un inglés...

campo de batalla, y oyéndole ella emocionóse con los peligros que había corrido y tuvo miedo de que la muerte batiese sus negras alas sobre él.

Cuando nadie la llamaba, apareció Henrieta.

—Ya es hora de que nos marchemos, Luisa.

La bailarina se levantó.

—¿Tan pronto?—preguntó David.

—Pues qué, ¿le parece que hemos hablado poco?

—Yo no puedo quejarme, señorita. Ha sido usted demasiado amable para que a mis labios asomen palabras de protesta. Sin embargo...

Tenía entre sus manos las de ella. Parecía como si una nube cargada de tristeza hubiera descargado sobre él.

—No tengo ni un amigo con el que hablar en París!—exclamó de pronto.

—Es una pena—repuso Luisa medio en broma y medio en serio, luchando por defenderse de la simpatía que David comenzaba a inspirarle.

—¿No provocan su lástima los hombres condenados a la soledad?

—¡Oh, resulta difícil estimular mi compasión!

—¿Y si yo le pidiese que me permitiera volverla a ver?

—Es posible que le contestase que no.

David guardó silencio unos instantes. Miraba a la bailarina, sin que sus palabras se atreviesen a dar forma al ruego que palpi-

taba en sus ojos, empañados por una pena muy íntima.

—¿Entonces?...

—Hasta mañana... Lo menos que pueden pedir los héroes de esta guerra es la simpatía de la mujer, y yo no he de negarle la mía.

Después de decir esto con temblorosa entonación, Luisa estrechó la mano del oficial y salió del «Moulin Rouge» acompañada de Henrieta.

Así, de tan sencilla manera, formóse un lazo de amistad entre Luisa Boucher y David Compton. Los dos habían procedido por estímulo imperioso de sus almas. El destino quiso que se encontrasen, y ellos, respondiendo a su invitación, aceptaron el mandato que les ordenaba buscarse para pactar una alianza que debía exornarse con el arco iris de las devociones sentimentales.

Volvieron a verse al día siguiente y en los sucesivos.

Paseaban por los alrededores de la ciudad, eligiendo los lugares más bellos y solitarios para aislarse con su cariño, que iniciaba entonces la gloria de las primeras caricias. Juntos veían como llegaban las sombras de la noche, y en la hora apacible del crepúsculo decíanse palabras de dulce sentido.

¿Cuántas veces no hicieron sus labios la misma pregunta?

—¿Me olvidarás?

Y cuántas veces no fué la respuesta a esta pregunta el canto melodioso de un beso!

Ella le llamaba *mi niño inglés* y él decíale *mi mariposa loca*, y esta manera de nombrarse tenía la pueril trascendencia de un juego de adolescentes.

A veces Luisa le gritaba de pronto:

—¿A que no me coges?

Y echaba a correr seguida de su amigo, que en cuanto la alcanzaba, estrechábala en sus brazos con exquisito cuidado, como temeroso de que aquella mujercita tan delicada se rompiese.

—¿Por qué será que yo te quiero tanto?— preguntaba Luisa mirándose en sus ojos.

—¿No lo sabes?—le decía David.

—No, no lo sé...

—Pues verás, me quieres porque... Pero ¿qué nos importa el por qué de nuestro cariño?

El amor de David Compton y de Luisa Boucher alcanzó en poco tiempo las más violentas sacudidas de la pasión y los matices más delicados del idilio.

Con frecuencia el oficial era invitado por su novia a comer en su casa, lo que le permitía a ella hacer alarde de sus aptitudes de amita y directora de un hogar.

La buena Henrieta, viendo la alegría de Luisa era dichosa.

—Parece que tarda hoy el inglés—dijo la señora de compañía, que se encontraba con su amita en el fogón preparando el almuerzo.

—¡El inglés!... ¿Qué es eso de *el inglés*? El caballero oficial, Henrieta; el caballero David Compton. Así debe llamársele—repuso Luisa con un falso gesto de seriedad.

—Bueno, llamémosle el caballero oficial—rectificóse Henrieta.—Pero ya debía estar aquí; van a echarse a perder los pájaros.

Luisa abrió el horno de la cocina económica y sacó una fuente llena de gelatina en la que palpitaba la carne caliente de un asado.

—¿No quieres tú ser comido por mi inglés, tonto?—dijo frunciendo la boca.

—¡Cómo ha de querer, si es un pájaro francés!—repuso Henrieta.

Las dos mujeres se rieron, divertidas con sus bromas.

Sonó el timbre de la puerta.

—Abre, Henrieta... Debe ser David.

Corrió la señora de compañía y volvió al poco.

—Es él.

—¡Dios mío, y yo sin arreglarme!—exclamó Luisa.

Cogió un perol, miróse en el espejo de su panza metálica, compúsose el rostro con ese ademán de mujer que con dos o tres toques

hábiles corrige los defectos de su peinado y salió al encuentro de David Compton, que entraba cargado de paquetes.

—Suelta eso, David—le dijo ella.

El oficial no sabía cómo hacer para evitar que se cayeran los paquetes y, al mismo tiempo, abrazar a su novia.

Luisa lo arrojó de un manotazo que arrojó por el suelo los paquetes, y en seguida, de un salto, colgóse del cuello de David.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.—decía Luisa contando los besos que le daba.

—...doce, trece, catorce, quince...—decía David siguiendo la suma.

—...veinte, veintiuno, veintidós...

Se sentaron en el suelo y siguieron besándose.

—...cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco.

Y sólo al faltarle la respiración cesaron en sus locas manifestaciones.

—A ver, ¿qué me traes?—preguntó Luisa.

—Pues, mira... unas botellas de *champagne*... tres barrilitos de ostras...

Deshicieron los paquetes y fueron colocando las compras en la mesa.

—Ahora tú te sientas—ordenó ella obligándole a ponerse a la mesa.

—Ya estoy sentado.

—Ahora cierra los ojos—añadió Luisa oprimiéndole con los dedos los párpados—

y no vuelvas a abrirlos hasta que yo te lo mande.

—Pero...

—Calla y obedece.



Se sentaron en el suelo y siguieron besándose.

David sometióse a la tiranía amable de su novia, que lo dejó, volviendo a la cocina.

—Henrieta, coge los platos y sigueme.

Luisa alzó sobre su cabeza una fuente, y

precedida de su señora de compañía regresó al comedor.

—El señor está servido—dijo poniendo la fuente delante del oficial.



—Pues mira... unas botellas de *champagne*... tres barrilitos de ostras...

—¡Oh, admirable!—exclamó David elogiando a la improvisada camarera.

—¿Deséa alguna otra cosa el señor?—preguntó ella siguiendo en su broma.

Apenas comenzado el almuerzo, David, que traía preparada la sorpresa de un proyecto acariciado ya en sueños por la joven, dijo:



—El señor está servido

- ¿A que no sabes lo que he hecho hoy?
- Como no me lo digas...
- Adivínalo.
- No seas tonto; dímelo en seguida.

Se reía con su risa de niña, con sus ojos brillantes de alegría.

—Dímelo, anda.

—Pues he hecho... ¡todos los preparativos de nuestra boda, que se celebrará inmediatamente!

La alegría de Luisa se trocó en repentina seriedad. El corazón comenzó a galoparle dentro del pecho. No podía resistir la emoción que le produjera la noticia. Súbitamente arrojóse en sus brazos y le besó muchas veces.

—Gracias, gracias—balbucía.

—Sí—añadió David,—nos casaremos antes de que concluya mi licencia.

El almuerzo, desde este instante, tuvo la importancia de una comida de esponsales, y aquellas horas fueron las más felices en la vida de los dos.

Nada vale lo que la esperanza de una ilusión próxima a realizarse, y ellos poseían este tesoro. Nada existía entonces que no fuera ellos mismos, pues sus almas, mecidas por la promesa de las glorias nupciales, resumían, como resume el extracto de un perfume las esencias de muchas flores, todos los deseos y todas las grandes ansias que animan a los amantes, para quienes el mundo sólo es como escena en la que han de desarrollarse sus amores.

Los prometidos convinieron cómo y cuán-

do debía de celebrarse el enlace. Ningún detalle les pasó inadvertido. Planearon toda su vida, como si fueran dueños del porvenir; y al despedirse, porque Luisa tenía que trabajar en «Moulin Rouge», el «hasta pronto» que se dijeron fue como una pausa que se concedieron, a sí mismos sin contar con los hados adversos, antes de reanudar la fiesta de su pasión.

¡Con qué entusiasmo bailó aquella noche Luisa Boucher! Nunca se la había visto en el *music-hall* tan ágil y graciosa.

Durante un descanso, cuando ella y Henrieta hablaban del acontecimiento que se preparaba y que iba a cambiar sus existencias, pues Luisa, al casarse, dejaría de ser ballarina, trajeron una carta.

—Para la señorita—dijo el botones entregándosela.

Reconoció la letra de él.

—¿Por qué me escribirá?—se preguntó.

Rasgó el sobre. La primera página de la carta contenía estas palabras, que ella leyó perpleja al principio y soltando la risa después:

«Querida mía: Perdóname que te distraiga en tu trabajo, pero he de decirte adiós...»

—Henrieta—dijo Luisa,— ¿sabe usted para qué me escribe David?

—¿Para qué, señorita?

—Pues para decirme adiós antes de irse a acostar.

—¿Qué hombre más raro!

—Es que me quiere mucho.

Volvió la página, y toda entera fue sacudida por un estremecimiento de espanto. Sus ojos recorrieron las líneas de fatídica escritura.

«...Inesperadamente — escribía David — me han llamado para que regrese a las trincheras llevando una misión urgente. ¡Sólo Dios sabe cuándo te volveré a ver!...»

Se detuvo sintiéndose morir. Le faltaba la respiración. Las lágrimas se le agolpaban a los ojos. Hizo un esfuerzo y prosiguió leyendo:

«...Adiós. Si salgo ileso, nuestra boda será la recompensa a las amarguras que tenemos que sufrir en estos instantes. Valor, corazón mío.

Tuyo,

David»

Lanzó un grito.

—¿Qué le pasa, señorita?—le preguntó Henrieta.

—Déjeme, déjeme...

Volvió a leer. No creía en lo que le decía David.

Era demasiado terrible... Una vez más

martirizóse repasando la carta, buscando en sus blancos alguna palabra que no hubiese visto y que sirviera de asidero a sus esperanzas moribundas.

—¡Henrieta!—sollozó.

—¡Pero, señorita!... ¿Por qué hora?

—¡Henrieta, se va... se lo llevan!

Las lágrimas brotaron amargas.

—¡Dios mío, no puedo más!—gimió.

Y rota, deshecha, con el corazón lastimado, acogiéndose al regazo de Henrieta buscando un imposible consuelo.



Días después, en una tarde tormentosa, David Compton llegaba a las trincheras y cumplía las órdenes que sus superiores le habían dado en París.

Sobre la tierra despedazada por la metralla caían torrentes de agua. Era una lluvia densa, de gruesas gotas, incesante, que enfangaba la zanja en la que David cumplía su deber de soldado.

De cuando en cuando rasgaba el aire el alarido potente del cañón, y el cielo negro enrojecíase con el resplandor de una llamarada.

Acababa el oficial de inclinarse para decirle algo a un compañero cuando oyóse un estruendo espantoso, alzóse al borde de la trinchera una tromba de barro y de agua y los hombres cayeron unos sobre otros.

Luego se hizo el silencio.

David había sido lanzado contra uno de los muros de la zanja; de sus sienes manaba la sangre... Abrió los ojos y miró delante de sí con angustiosa fijeza.

Un sanitario le curaba la herida.

David siguió mirando delante de sí.

¿Qué era lo que había sucedido?

El lo ignoraba.

Advirtió que vivía aún y advirtió también que algo acababa de romperse en su alma, algo que no sabía en qué podía consistir, acaso el resarte que ligaba su presente con el pasado tan próximo y tan lejano para quien, como él, no recordaba nada...

La guerra siguió segando vidas. De pronto, un día, cuando los corazones sentíanse cansados de sufrir, la paz tendió su velo blanco de doncella ocultando los campos sembrados de cadáveres de la vieja Europa, y la tierra calcinada por las explosiones volvió a reverdecer con sus entrañas fecundadas por el trabajo...

II

Luisa Boucher, ahora la famosa bailarina Deloeyse, ídolo de todos los públicos, inalcanzable meta de los deseos de los hombres que en vano la cortejau, ha permanecido fiel al recuerdo de su prometido.

Desde su carta de despedida, ella no había vuelto a tener noticias suyas.

Mientras duró la guerra leyó los periódicos todos los días, siempre con el mismo temor y con idéntica esperanza, buscando su nombre en las largas columnas de los heridos y en las otras más terribles de los muertos; y al no encontrarlo y al no recibir ninguna carta que le explicara aquel silencio, no sabía si alegrarse o entristecerse.

Pero seguía amándolo y le esperaba. Estaba segura de encontrarlo algún día en su



Luisa Boucher, ahora la famosa bailarina *Delorys*, ídolo de todos los públicos. BETTY COMPTON

camino, y reservaba para ese día un caudal inagotable de alegría.

—El volverá—pensaba—a reclamar lo que le pertenece.

Porque de sus amores con David naciera un niño, al que Luisa pusiera el nombre del padre.

Mas el tiempo pasaba y él no volvía.

¿Sería posible que él la hubiera olvidado? Luisa no quería dudar. Pusiera en David, su primero y único amor, toda la fe y todo el entusiasmo de su alma, y de aquí que su confianza se afianzase con el recuerdo y se sostuviera a lo largo de los años.

Hallábase ahora en Londres trabajando en uno de sus principales teatros. Cada una de sus actuaciones constituía un triunfo ruidoso. Su fama se acrecentaba día por día. Pero estos halagos del éxito apenas si lograban distraerla de su obsesión de todos los momentos, con el pensamiento dominado por la idea fija de David Compton.

Este, a quien la herida que le produjo un casco de metralla en las trincheras habíale privado de los recuerdos comprendidos en el sector de tiempo que iba desde su estancia en París al principio de la guerra, hasta su regreso al frente, por expresa voluntad de un tío que le dejó su herencia, consistente en una riquísima explotación industrial,

había cambiado su nombre por el de Auson-Pond, que era el del testamentario.

Su memoria, en la que la conmoción producida por la herida produjera un vacío



Mas el tiempo pasaba y él no volvía.

insondable, no parecía conservar las huellas de sus amores con Luisa Boucher.

Unido en matrimonio, a poco de hacerse la paz, con una mujer frívola cuya única

preocupación consistía en mantener sus relaciones con la buena sociedad londinense, a la que pertenecía, y organizar fiestas en los salones de su casa, David echaba de menos en su existencia todo lo que le había servido de estímulo para casarse: el hogar apacible en que la mujer fuese como una hada solícita y vigilante que mantuviera siempre encendido el fuego sagrado de la ternura.

Por el contrario, Berta, su esposa, era enemiga de recogerse en la soledad con su marido, prefiriendo a su casa el tumulto de las visitas, de los bailes y de los teatros.

Sin embargo, David probablemente hubie-
ra transigido con las aficiones de su mujer si el hijo cuyo nacimiento deseaba viera al fin a consagrar su matrimonio; pero su enlace había sido infecundo, y él, que se consumía de ansiedad porque su paternidad pudiera revelarse, observaba con acritud la conducta de Berta, la esposa estéril, hosca y frívola que ligara a su destino.

Precisamente en aquellos días preparaba una fiesta y dedicaba sus horas a este suceso.

Toda su atención reclamábala la lista de invitados, que ella misma confeccionaba. Ya había apuntado los nombres de las familias de Jorge Van Dyck, de Millier, de Riandes, al lado de los de la Condesa de Mirafior,



«Berta, su esposa, era enemiga de recogerse en la soledad con su marido...»

Angelina Cleyton, Lucinda Saint-Marien y otros muchos.

—¿Quiénes más?—preguntábase haciendo un esfuerzo de memoria.

Cogió pluma y papel, y escribió:

«Mi querida Deloryse: No olvide usted que espero con impaciencia que llegue el día de la fiesta de caridad que he organizado para admirarla en mis salones, que usted me ha prometido honrar con sus magníficas danzas.

¿Verdad que no faltará usted, querida amiga?

Mis afectuosos saludos,

Berta Anson-Pond.

P. S. Estoy deseando presentarle a mi marido.»

Dejó la pluma y oprimió el botón de un timbre que tenía en la mesa.

Entró un criado.

—¿Quién ha venido?—le preguntó.

—El impresor espera las órdenes de la señora.

—Pues dígame que aumente en doscientos ejemplares la tirada de los programas de la fiesta.

Se oprimió las sienes, que le dolían. Estaba un poco cansada.

Su marido, que acababa de abandonar sus habitaciones, se le acercó.

—Mi cabeza no podría resistir mucho tiempo este ajeteo—le dijo ella.—Meoos mal que la fiesta concluirá pronto.

David apoyó las manos en los hombros cariñosamente. Quería a su mujer a pesar de sus defectos;—la quería, más que de amor, con cariño de hombre que espera los hijos que han de iluminar sus días con los gozos de la paternidad. El amaba, pues, en ella, a la posible madre de sus hijos.

—Berta, ¿cuándo piensas renunciar a esta tu vida de preocupaciones mezquinas? ¿Cuándo serás exclusivamente mía y de tu hogar?

Berta hizo un gesto de franco desagrado, apartando de sí a su marido, que se hundió en un sillón abatido y triste.

Alzó los ojos hacia su esposa y murmuró:

—Hace tres años que nos hemos casado. ¡Tres años!... ¡Y aun no hemos tenido un hijo!

—¿Qué falta te hace?

—¿Que qué falta me hace!...

Un profundo estupor reflejóse en su sem-

blante. No comprendía la pregunta de su mujer, pregunta que sólo podía haber engendrado un pensamiento estúpido o torpe...

—Basta, David—añadió Berta.—Ya estoy harta de que me atormentes con tus quijumbres de padre fracasado. Yo soy como soy y no me encuentro dispuesta a cambiar para oír tus lamentos de amante de noche veneciana...

Auson-Pond la dejó hablar sin interrumpirla y nada le dijo tampoco al verla marchar. ¿Para qué?... Pero después de aquellas palabras él no volvería a intentar que el cariño de Berta despertase al calor de sus deseos.

¡Qué doloroso le resultaba, sin embargo, renunciar a sus mejores esperanzas!

—¡Yo nunca tendré un hijo!—exclamó.

Y al decirlo sentíase víctima de una espantosa miseria, como el desposeído de bienes totalmente y al que ni la caridad de los demás puede salvar. Porque lo que él pedía era un hijo, un hijo suyo, y este hijo quien debía dárselo, que era Berta, se lo negaba.

—¡Yo nunca tendré un hijo!

Este era el grito de angustia que a todas horas profería el alma paternal de David Compton.

El ignoraba que en otra casa y en otra calle de Londres, una mujer, a la que había

amado en sus mejores años con todo el fervor de su juventud, acariciaba con manos suaves la cabeza blanda de un niño que se llamaba David como él y cuyas facciones reproducían las suyas.

Luisa Boucher, ahora conocida por Deloryse, con el corazón huido en el pasado y el pensamiento asido a la esperanza de que Compton no ha muerto, todas las noches, antes de acostar a su hijo, le habla del padre que no ha llegado a conocer.

Los dos, madre e hijo, iluminados por el suave claror de la noche que entra por una ventana abierta en la alcoba del niño, se dicen palabras de dulce sentido.

—¿Por qué no he visto nunca a mi papá? preguntó a su madre el pequeño David.

—¿Qué hace que no viene a vernos?

—¿Tú le quieres mucho?

—Sí, mamá; pero si no viene pronto voy a dejar de quererle.

—No, eso no, hijo; tú le querrás siempre, como yo.

Sobre un fondo azul de sombras, la madre y el niño pensaban en el padre ausente, recordándole ella con frases bondadosas, almohadón del recuerdo en que su corazón dolorido se reclinaba para descansar de su larga espera.

—¿Por qué no viene? insistió el niño.

—¡Se fué a la guerra y no volvió más! exclamó Luisa conteniendo los sollozos.

—¿A la guerra? dijo el pequeño con perplejidad. —Entonces yo no quiero ir a la guerra, porque no volvería.

Luisa abrazó a su hijo defendiéndole de la negra amenaza que a veces persigue a los hombres, arrebatándolos a sus madres.

—Dame un beso y a dormir.

Lo acostó y su canto de madrecita meció al niño, que ya con los ojos cerrados, cogido por el sueño, preguntó aún:

—¿Por qué no viene mi papá?

Ella puso sus labios en la frente del hijo y una lágrima resbaló por sus mejillas.

Pero David ignoraba que todas las noches un niño, hijo suyo, lo llamaba y que una mujer hacía al recuerdo de su amor el homenaje de un llanto muy triste.

Pallidas sus aspiraciones de casado, sin que Berta hiciera nada por retenerlo cerca de sí, Anson-Pond pasaba en el club las horas que sus ocupaciones le dejaban libre.

El nombre de Deloryse, la celebradísima artista, estaba en los labios de todos los socios. Ella era el tema de todas las conversaciones.

—¿Usted no la ha visto trabajar? preguntóle a David un clubman.

—No, pero he oído tantos elogios de su

arrebataadora belleza que estoy decidido a verla para poderla juzgar por mí mismo.

—Yo tengo un palco. ¿Quieres venir conmigo esta noche?

—Acepto tu ofrecimiento, Carlos... Así como así, nada ni nadie me reclama en otra parte.

Cuando Auson-Pond y sus amigos llegaron al teatro, éste ofrecía el aspecto de las grandes fiestas. El «todo Londres» reuníase allí para aplaudir a la maga del baile, la mujer a la que todos los hombres persiguen y ninguno logra.

Los más tenaces acudían a la puerta del «camerino» de la artista, a la que pasaban sus tarjetas sin conseguir que se les franquease la entrada en el santuario de la belleza, que procuraba conservarse íntegra y pura para uno solo que hasta entonces no había ido hasta ella.

El único que disfrutaba el privilegio de la amistad de Delaryse era Graven, su médico, hombre de edad provecha, cumplido caballero, que cuidaba a su enferma, cuyos secretos conocía, con una solicitud más que amistosa, casi paternal.

El doctor sabía el calvario que había sufrido y seguía sufriendo Luisa, la mujercita que sólo amó a un hombre con el que iba a casarse cuando la guerra lo alejó de su lado... Graven habíale oído referir sus

penas de madre y de enamorada, y admirando en su enferma las virtudes de una fidelidad inquebrantable y de una bondad sin límites, la cuidaba cariñosamente, atento a los peligros a que la salud de la joven estaba expuesta.

—¿Cómo se encuentra usted hoy, Delaryse?

Ella sonrió al médico.

—Siempre bien, doctor; usted es el que concluirá poniéndome enferma con sus temores injustificados.

—¿Por qué se engaña usted a sí misma?— preguntóle Graven moviendo la cabeza con pesadumbre.—Usted sabe, hija mía, que su corazón, debilitado por las impresiones que constantemente recibe y oprimido por ese recuerdo que usted se empeña en sostener, va perdiendo cada día fuerza para soportar las emociones de la vida que hace.

Delaryse se burló de los recelos de su médico.

—¡Ah, Graven, qué gana tiene usted de hablar!

—Le digo la verdad.

—¡Pero si yo me encuentro más fuerte que nunca!... Vea usted, vea usted...

Adoptando una actitud de atleta, Luisa se puso a flexionar los brazos, con los carrillos inflados y los ojos llenos de risa.

—¡Admire usted mi musculatura, Gravenl... Dios le libre de un puñetazo mío.

El rumor de la muchedumbre que ocupaba el teatro apenas si llegaba hasta la artista.

—Anson-Pond acababa de entrar con sus amigos en un palco y miraba a la sala de butacas, ocupada totalmente.

—Ahora verá usted a la gran Deloryse, a la que todo Londres rinde su admiración—dijo a David un compañero del club.

—Mi curiosidad no necesita de nuevos estímulos para excitarse, pues ya lo está—repuso Anson-Pond.

—Presiento que usted, como todos nosotros, va a concluir siendo uno de sus adoradores.

—Esto ya me parece más difícil.

—No lo asegures—intervino Carlos, el amigo que le había invitado.—Acaso mañana mismo le escribas pidiéndole que te conceda el honor de ponerte a sus pies.

David apresuróse a rechazar con energía esta suposición.

—Jamás—dijo—me he postrado a los pies de una mujer, y menos de una bailarina; y ahora creo que ya es un poco tarde para que lo haga.

Alzóse el telón, y el rumor de las conversaciones fué absorbido poco a poco por el silencio.

La escena estaba dividida por dos graderías laterales que abocaban a una plataforma, a cuyo fondo un tapiz ocultaba una puerta, la cual se abrió dando paso a un magnífico coro de mujeres, que simulaban con sus trajes hadas del país de las sombras blancas, cortejo de maravilla de una Majestad esperada.

Fueron descendiendo, distribuyéndose por la escena. Los ojos de los espectadores miraban impacientes esperando a la reina del coro, a Deloryse.

Las luces de la batería del proscenio hacían destellar los trajes de las hadas, que daban reflejos de piedras preciosas.

Súbitamente el silencio aumentó, y Deloryse, la prodigiosa, fué acogida por una atronadora salva de aplausos.

Avanzó la artista, el cuerpo cubierto de plumas recamadas de pedrería, los hombros y los brazos desnudos y el pecho oculto por una graciosa combinación de escamas de plata.

La mirada de David, distraída hasta entonces, se fijó con tenacidad en la artista. Llevóse las manos a la frente, como si quisiera alejar las sombras que la llenaban.

Había comenzado la danza. Ella no le había visto aún.

David seguía mirándola y luchando con su recuerdo, y de pronto, haciéndole vacilar,

el sol del pasado encendióse en su pensamiento y él volvió a recoger de aquella lejanía a la que hasta entonces no pudiera llegar, las impresiones de sus amores con la bailarina del «Moulin Rouge».

En aquel momento Deloryse avanzaba, en los pasos de una danza, hacia él.

Alzó los ojos y le vió. Sus miradas, al encontrarse, chocaron, conjurando la felicidad perdida y un grito salió de la garganta de David:

—¡Luisa!

¿Qué fuerza de belleza fué la que irradió entonces de Deloryse para conmover al público con un estremecimiento eléctrico que provocó el aplauso?

Ella se alejó toda sacudida por la presencia del prometido y volvió al poco temiendo a cada instante caer vencida por la violencia de sus emociones.

Los ojos de David seguían mirándola y Luisa recogía sus miradas como una promesa ardorosa.

Cayó el telón. Deloryse corrió a su «camerino». Estaba como loca. El médico temió un desastre.

—¡Ha venido!... ¡Ha venido!...

—¡Quién es el que ha venido?

—¡David!... ¡Mi David!...

Sonaban los aplausos. El director de escena gritó:

—¡Señorita Deloryse!... ¡salga usted!

—No salga—le rogó el doctor.

—¡Sí, él me llama, Graven!... ¡Mi David me llama!

Para ella todos los aplausos se confundían con la voz de él, cuando, al verla, pronunció su nombre.

—Déjeme, doctor... ¡Me llama mi David!

Corrió otra vez al escenario y vió que él, apoyándose en el antepalco, se estrujaba con una mano la frente mientras con la otra escribía palabras dedicadas a ella.

Volvió otra vez al «camerino» y volvió de nuevo a salir para verlo una vez más, sin poder casi responder con su saludo a los aplausos del público.

Sentía como si todas las penas que había sufrido desde que se separaron años atrás al volver ella a las trincheras, como si todos los oscuros dolores que se amasaron en su alma sumiéndola en un abismo de inagotable amargura, sentía como si todas sus tristezas se desvanecieran inesperadamente, y todos sus sueños de doncella volvieron a su corazón para iluminarlo con la luz de una dicha inextinguible.

Llamaron a la puerta. Un botones trafeó noticias de él.

Abrió el sobre, desdobló la carta escrita en la hoja de un carnet, y leyó:

«Querida Luisa: Dame tu dirección. Necesito hablarte en seguida. No puedo decirte más ahora.

David.»



—Dígame, doctor... ¿Me llama mi David?

Besó el billete, exclamando:

—¡Ah, mi siempre amado!... ¿Cómo puede albergarse tanta felicidad en un pobre corazón?

—Calma, Deloryse; se lo ruego—le dijo el médico.

—¡Henrieta, ven, él ha venido!

—¿Qué dice usted, señorita?—preguntóle, sin comprender, la señora de compañía.

—¡David!... ¡Mi David está aquí!...

—¿Es posible?

—Sí, Henrieta, sí... ¡Pronto, dame el peinador!

La buena señora le trajo lo que pedía.

—¡No, el amarillo fino!... ¡Tampoco quiero ese! ¡Dame el de los lazos!... ¡No!... ¡El azul!... ¡Vamos, de prisal!...

El médico la observaba con miedo. Ella se disculpó.

—¡Gravon, estoy excitadísimo!... ¡Perdóneme!... ¡No puedo remediarlo!... ¡Esto es el fin del mundo!

—Está usted matándose, Deloryse.

—¡No sabe que es padre!—añadió ella.—

¡Ah, Dios mío, cuánto le quiero!...

El doctor intentó inútilmente calmarla.

—Ha llegado el instante de que usted contenga su vehemencia. La naturaleza ha dado señal de peligro, y su débil corazón no pueda ya más.

—¿Que no puede!... Sí, él podrá; ya tiene lo que necesitaba. ¡Ya tiene a mi David!...

—Ahora calma, frialdad, mucha frialdad—le aconsejó Gravon.

Luisa se rebeló.

—¡Oh! ¡Ustedes los ingleses deben estar fríos hasta en el mismo infierno!

—Así debe ser—repuso el médico sonriendo,—pues me consta que en los dominios de Salán poseemos una colonia muy numerosa.

—Hágase usted cargo de mis circunstancias, Grayon, y no olvide que tengo dos David por los cuales amar la vida.

—Razón de más—replicó el médico—para que usted se domine y no se deje llevar de su impetuosidad.

—¡Oh, oh, qué hombre! Siempre lo mismo.

—Entonces renuncio usted definitivamente a su arte.

—Yo le prometo—aseguró Luisa—que, después del compromiso que tengo de hacerlo en la fiesta de la señora Auson-Pond, no volveré a bailar.

Grayon dióse por satisfecho con esta promesa. Ya que era inevitable el mal que debía resultar para la enferma de las impresiones que recibiría al encontrarse con David, al menos no serían agravadas si, como aseguraba, renunciaba a seguir su carrera artística.

—Siendo así—dijo el médico,—yo no puedo oponerme ya a que usted disfrute un poco de su alegría... claro que sin excederse.

—Scré una enferma obediente, doctor.

—Muy bien; pues hasta mañana, que iré a verla a su casa.

Luisa deseaba quedarse a solas consigo misma para recogerse en su dicha y paladearla, mientras llegaba el momento de volver a ver a David. Pero la anunciaron la visita de la señora de Auson-Pond y tuvo que renunciar a sus deseos.

La mujer de David saludó a la artista con vivísima cordialidad.

—Me dijeron que se había sentido usted indispuesta en el escenario, mas veo que, por fortuna, esos rumores carecen de fundamento.

—Hasta cierto punto, nada más—repuso Deloryse.

—¿Es verdad, entonces, que no está usted bien?—preguntó la mujer de David.—Porque mi fiesta, sin su concurso, sería un fracaso ruidosísimo.

—No tema usted que falte. Se lo he prometido y cumpliré mi palabra... Me encuentro bien; lo que pasa es que acabo de saber que ha llegado mi esposo, y la impresión que me produjo la noticia fué tan grande que, sin duda, algunos espectadores lo advirtieron.

—¡Qué lástima!—lamentó la señora Auson-Pond.—Un marido es siempre un obstáculo en el que la mujer tiene que tropezar.

Luisa protestó de la injusticia de este comentario.

—A pesar de su juicio—dijo,—yo estoy tan orgullosa de mi marido que no volveré a apartarme de él, y haré que lo conozca todo el mundo.

—¿Y no teme usted aburrirse?

—De ninguna manera!

—Ya veo que es usted una sentimental—insinuó irónicamente la mujer de David.—Pero por eso mismo necesito que usted confirme su buena disposición acerca de la fiesta que ha de celebrarse en mi casa.

—Descuide usted: él no se opondrá a que cumpla mis compromisos, y menos tratándose de una fiesta de caridad.

David recibía entonces la respuesta a su carta con otra de Luisa, que le decía:

«David mio: Estoy loca de alegría. Ven a verme dentro de una hora en mi casa, Puerta de la Reina, 197. No te digo más, porque todo lo que tengo que hablarte he de hacerlo dándote muchos besos.

Luisa.

La situación en que su encuentro con la amada de su juventud colocaba a David no podía ser más inquietante. Los recuerdos hacían renacer su antiguo cariño, al que se oponía su condición de hombre casado.

Otro que no fuera él hubiera dado de lado a toda suerte de preocupaciones para arrojarse, sediento de amor, en los brazos de la mujer; pero David disfrutaba de un admirable equilibrio moral y se estimaba a sí mismo mucho para que no lebiese caer en falta, renunciando a sus obligaciones maritales.

A Luisa le ligaba, aparte su devoción cariñosa, una promesa de matrimonio que no había podido cumplir.

¿Cómo proceder ahora?

Atormentado por estas ideas, tomó un auto dirigiéndose a la Puerta de la Reina.

Sus manos conservaban la carta de Deloryse, que leía de cuando en cuando, como buscando en ella una orientación que le guiase en las tinieblas de sus dudas.

En aquellos momentos, la señora Auson-Pond despedíase de la artista.

—Quedamos—le dijo—en que usted no permitirá que su esposo sea un obstáculo para que usted baile en mi casa.

—Sí, señora, en eso quedamos... Yo no permitiré—subrayó Luisa—que mi marido se oponga a que yo baile en su casa.

—Entonces... hasta ese día...

La señora de Anson-Pond salió.

El auto en el que iba David rodaba entonces por las calles de Londres, dirigiéndose a la casa de Luisa Boucher.

III

Luisa contaba el tiempo minuto a minuto mirando el reloj, y el tiempo no apresuraba su marcha.

—¡Qué lentitud más desesperante!—dijo.

Pero no hay fuerza que altere el paso del tiempo. Su camino y su velocidad están trazados de antemano.

Suena el reloj y se oyen sus latidos:

—Tic, tac... Tic, tac...

Y el que espera una próxima caricia de las que pocas veces se alcanzan, una caricia de felicidad, no concibe cómo el tiempo no apresura su marcha de acuerdo con sus deseos.

—El va a venir—decíase Luisa.

Pero el reloj, siempre igual, seguía:

—Tic, tac... Tic, tac...

Entró en la alcoba de su hijo, para el que había llegado la hora de acostarse.

—¿Sabes, niño, que va a venir tu papá?

—¿De modo que lo voy a conocer?—preguntó el niño.

—Sí, lo vas a conocer.

El niño se ensimismó unos instantes. Tenía una duda.

—¿Es tan alto como tú?—preguntó.

—Mucho más.

Al pequeño David le complació la estatura de su padre.

—¿Y tú crees que me querrá mucho?—siguió preguntando.

—¡Pues no te ha de querer, siendo tu papá!

—Pero como no me conoce...

—No importa; ya verás cuánto te quiere.

El niño lo dudaba.

—Ya veremos—dijo.

Sentóse en su camita, hizo un cálculo mental y preguntó:

—¿Me traerá juguetes?

—Por supuesto; ahora que... vendrán en el equipaje.

—¿Pero tiene también equipaje, como tú, papá?

El niño estaba dispuesto a sorprenderse de todo, y su infantil curiosidad engarzaba las preguntas unas en otras, como si las respuestas de su madre le sirvieran para

formarse un juicio acerca del que tantos años llevaban esperando.

—¡Señorita!—llamó Henrieta.

Ella se volvió adivinando.

—¿Eh?

—Sí, señorita.

Cruzóse las manos sobre el pecho conteniendo su emoción.

—Quédate aquí con Henrieta—le dijo a su hijo.—¡Sé bueno!

David la esperaba en el salón.

Ella entró y un momento los dos permanecieron mirándose, dominados por esa alegría que a veces, por su intensidad, se asemeja en sus manifestaciones al terror.

De pronto corrieron, arrojándose el uno en los brazos del otro.

No podían hablar. Los labios de ella buscaron los de él y le dieron toda la vida entera, con un ímpetu de desfallecimiento.

—¡Ah, David!—exclamó.—¡Cómo deseaba mi corazón este instante!

Cesaron otra vez las palabras, substituídas por las caricias.

—¡Mi David! ¡Mi David!... Creí que no volvería a verte.

Repuestos de la primera impresión, tomaron asiento en un canapé.

—Háblame; explícame tu silencio.

Se acercaba la hora de la terrible revelación. El dióse cuenta de que Luisa desco-



—¡Ah, David! ¡Cómo deseaba mi corazón este instante!

nocía su nueva personalidad. Aquella confianza y aquel entusiasmo con que le hablaba sólo podían ser fruto de una tal razón.

—Pero dime, ¿por qué no he vuelto a saber de ti desde que te fuiste a las trincheras?

—Verás...

David recordó entonces los incidentes de su vida en el campo de batalla.

—Fué poco después de mi salida de París... Una tarde, encontrándome en una zanja en un puesto de observación, estalló una granada...

—¡Oh, Dios!

—...Caí aturdido, con la sien rota por un casco de metralla... Cuando volví en mí había perdido la memoria de mi estancia en París... Esta es la herida—dijo señalándola.

Ella pasó sus manos por el trazo de la cicatriz, de huella ligerísima como la de un rasguño.

—Déjame que la bese... ¡Cuánto debiste sufrir!

—Durante seis meses permanecí en el hospital—añadió.—Luego tuve que regresar al frente, donde estuve hasta que concluyó la guerra sin que, por fortuna, volviese a ser herido.

—Pero ahora—gritó ella en triunfo—todos nuestros dolores concluyeron, ¿no es verdad?

—Lo que nunca pude pensar es que la gran Deloryse fuera la pequeña Luisa Boncher... ¡Verdaderamente es extraordinario!

—Lo extraordinario es lo que ahora vas a saber... ¡Una sorpresa como no puedes imaginar nada igual!

Se levantó.

—Vuelvo en seguida—dijo;— pero prométeme que tendrás los ojos cerrados.

David cerró los ojos y Luisa salió, regresando al poco con el niño.

—¡Tengo el gusto de presentarte a tu hijo!

David miró lleno de asombro al niño y lo atrajo a sí, ocultándolo en sus brazos, oprimiéndolo contra su pecho, como si pretendiese encerrárselo en el corazón.

—¡Mi hijo!—decía sin salvarse de su sorpresa.

—¿Eres tú mi querido papá?—le preguntó el niño.

—Yo soy tu querido papá...

—No me beses ahora; primero permíteme que te vea bien. Mamá me dijo que eras más alto que ella.

El pequeño hizo su comparación y dijo volviéndose a Luisa:

—Pues es verdad; es más alto que tú, mamá.

Auson-Pond notaba que no experimentaba alegría a la que tenía derecho por haber

encontrado un hijo cuando tanto lo deseaba. Sobre su corazón pesaba como una losa de plomo el miedo a las palabras que pronto tendría que decir.



—¡Tengo el gusto de presentarte a tu hijo!

—¿Sabes que voy a ser un gran ingeniero como tú?—le dijo el niño.

El lo acarició con devota ternura de padre. Su hijo era tal como lo había soñado. Ex-

presaban sus ojos vivacidad e inteligencia y por todo su rostro resbalaba la bondad de alma de su madre.

—¡Qué pena!—pensó.



El lo acarició con devota ternura de padre.

El tiempo transcurría cerca de ellos, que formaban esa trinidad perfecta tan ensalzada por los poetas indios, compuesta por el padre, la madre y el niño. De los tres, ella

y el hijo parecían seguros, confiados en el cariño del hombre que acababan de reconocer. Sólo él parecía triste, sin que ellos lo advirtiesen.

Luisa, sumergida en sus ilusiones al fin realizadas, de una realidad que superaba a sus esperanzas, agotábase saboreando su dicha en silencio, dejando que fuese su hijo el que hablase, mientras sus ojos iban del padre al niño en una contemplación hecha de inmensas ternuras.

—Me gustas—dijo el niño de pronto.—Tenía que tuvieses cara de mal genio. Pero no... Ahora estoy seguro de quererte.

El agradeció con nuevos besos la impresión producida en su hijo.

...Pasó por su mente el recuerdo de su casa.

—¡Qué penal!—pensó de nuevo.

—¿Estás satisfecho?—le preguntó Luisa.

Y él volvió a pensar:

—¡Qué pena, Dios mío, qué pena!

Y el tiempo pasaba.

Se decidió a proceder con arreglo a su conciencia.

—No es prudente—dijo—tener el niño levantado a estas horas.

El pequeño David, que estaba cada vez más satisfecho de su papá, se acercó a su madre y le dijo al oído:

—¿Quieres que me quede con vosotros un poquito más, mamá?

—¿Sabes lo que me pide?

—¿Qué?—preguntó él.

—Quiere quedarse con nosotros un rato más.

David estrujóse el corazón para contestar:

—No, no puede ser... Llévatelo... que se acueste...

Luisa salió llevándose al niño.

En el espacio de tiempo que ella tardó en volver, él apuró toda la angustia de su alma que tenía que sacrificar la de la mujer que tanto le amaba y que con fe tan excepcional le había esperado.

—¡Es horrible!—exclamó.

Un torbellino de ideas confusas llenaba su cerebro, que naufragaba indeciso entre el deber y el cariño que le inspiraban Luisa y su hijo. Y él sería el que con sus palabras llevaría un dolor más grande que los sufridos hasta entonces a aquella mujer que seguía confiando en su promesa de oficial inglés.

Estaba aturdido por la pena.

Vió venir a Luisa, que traía en sus labios una leve mueca de enfado.

—¿Por qué no has querido que el niño permaneciese con nosotros? ¿Es que no lo quieres?—le preguntó.

—¡Que no le quiero!... ¡Tener un hijo ha

sido la ilusión más grande de toda mi vida!

—¡Cuánto me alegra oírte hablar así!

—¡Un hijo!—exclamó él de nuevo.—¡Si supieras las veces que a solas he pronunciado esta frase!... Me llenaba la boca con la palabra hijo. Sentía cómo me ascendía del corazón y mis labios no se causaban nunca de repetir: «Un hijo».

Se aproximó a Luisa y le cogió las manos.

—Desde muy joven—comenzó diciéndole—acaricié, como se acaricia un bello sueño, la idea de ser padre. Era en mí este deseo tan fuerte, que no podía ver ningún niño en la calle sin que mis brazos no lo cogiesen para besarlo... «Yo—me decía—también tendré hijos, y mis hijos serán inteligentes, fuertes y bellos.»

Guardó silencio.

—Yo quisiera—le dijo ella—haberlo dado a mi patria, pero pensé que el país de mi marido era el único que tenía derecho a él y lo nacionalicé en Inglaterra.

Siguiendo el curso de sus pensamientos, Auson-Pond añadió:

—Mis propios obreros tienen hijos que alegren sus vidas, y yo, rico y poderoso, no he podido alcanzar esa ventura.

—Pues ya cesaron las preocupaciones en este sentido—le interrumpió ella sin darse cuenta del enigma espantoso que palpitaba en las palabras de él.

David la miró.

—Una vez que nos hemos encontrado— prosiguió Luisa,—nos casaremos en seguida...

—Nos... casaremos... en... seguida— repitióse por lo bajo David.

¿Por qué cuando estamos a punto de caer en un abismo no hay una voz que grite, salvándonos del peligro? ¿Por qué el dolor ha de herir siempre a los seres predilectos, eligiendo sus víctimas entre los mejores?

He aquí una mujer que resume en sí todas las virtudes y todas las bellezas. Ella es buena y bella. Ama además al padre de su hijo y quiere con locura a su niño. Pero las fuerzas tenebrosas van a arrebatarle su felicidad, van a despojarla de su porción de alegría para encerrarla en las cárceles de la angustia.

Los labios de David parecían resistirse a articular las palabras fatídicas.

Luisa no presentía, sin embargo, la proximidad de la desgracia.

¶ Pensaba en la boda que se celebraría pronto, y en todos los gozos que le esperaban cerca de su hijo y de su marido.

Ella había dicho:

—Nos casaremos en seguida.

Y él seguía oyendo este grillo de esperanza, contra el que tenía que revolverse borrándolo de las almas. Y sonó su voz con resonancias siniestras.

—¡Yo estoy casado! ¡Yo soy David Auson-Pond!

Y detrás de estas palabras, tan terribles que no había lágrimas para llorar por la muerte con que ellas sepultaban los dones de la ilusión, nació un silencio espeso, tan denso que ahogaba el liviano rumor de las respiraciones.

Allí, allá la cabeza, crucificada en su dolor, sin gritos en su garganta ni llanto en sus ojos, estaba Luisa, mirando en el vacío de su infinita desolación. El suplicio que sufría sobrepasaba de tal manera a sus fuerzas que ni llorar podía, porque negado le era el consuelo de las lágrimas.

¿De dónde extrajo la armonía triste de las palabras que luego dijo?

Como un murmullo de vientos que cruzase la atmósfera de una sepulcral, Luisa habló:

—Fué un hombre que luchaba por mi patria el que me sedujo...

David ocultó el rostro en las manos, tratando de rehuir la acusación espantosa.

—...Yo creí en su amor y caí en sus brazos...

El hubiera deseado ensordecer.

—...Se alejó de mí cuando nos unía una promesa de matrimonio, y yo supe esperarle sin faltar a la fe que le había jurado...

Al fin lució una lágrima en los párpados de la mujer. Aquella lágrima se sostuvo, como una flor de cristal, en el tallo de ébano de las pestañas y, por último, cayó en el surco profundo de las ojeras.

Había sonado la hora de la agonía de un corazón lleno de ilusiones.

—Mi memoria me negaba tu recuerdo—dijo él.—No sabía que tú existieras ni que mi vida estuviese ligada a la tuya por una promesa sagrada.

Luisa repitió:

—Fue un hombre que luchaba por mi patria el que me sedujo...

—Cállate, te lo ruego.

Ella prosiguió:

—...Yo creí en su amor y caí en sus brazos...

—¡Luisa!—imploró David.

—...Se alejó de mí cuando nos unía una promesa de matrimonio, y yo supe esperarle sin faltar a la fe que le había jurado...

La mujer semejaba la figura de un coro trágico. Erguida y con una expresión de extraña rigidez, sólo las lágrimas que, una a una, despañosamente, caían de sus ojos socavándole el surco de las ojeras, decían de su dolor sin nombre.

—Yo no he encontrado en mi hogar—dijo David—la ventura que buscaba, porque Dios negó a mi mujer la virtud de la fecun-

dididad... Y ahora, he aquí que un hijo surge del pasado y me llama...

—¡Fue mi amor quien te lo dió!

Las lágrimas seguían surcando el rostro palpitante de dolor de Luisa. Fluyen lentas, como si antes de nacer sufrieran una difícil elaboración en el fondo del alma.

—¿Y ahora?—preguntó él.—¿Qué va a ser de nosotros?... ¿Qué va a ser de ti, mi pobre Luisa?

—No se trata de mí. ¡Es en nuestro hijo sin nombre en quien debemos pensar!

En aquellos instantes pavorosos, ella ponía su pensamiento en el hijo. Sólo él le interesaba. Hecho ya el sacrificio de sus esperanzas, que las uñas agudas de la fatalidad habían rasgado, era el niño quien la hacía vivir velando por su futuro, queriendo resolver su triste condición de hijo ilegítimo.

Había que salvarlo a toda costa. Había que librar al pequeño David del absurdo escarnio con que la sociedad acoge a los hijos sin nombre.

¡Un nombre para el hijo! Esto era lo que Luisa, sangrándole el alma, pedía entonces.

Ella ya se sentía un poco muerta para la vida. ¿No decía el doctor que su corazón no podría resistir las impresiones fuertes? Pues bien, que su hijo hallase un nombre, y llegado ese instante su corazón se rompería. Pero mientras no tuviese el niño un nombre,

él sabría resistir, velando al hijo, guardándolo, defendiéndolo, luchando por él.

¿Conocéis la historia de la madre que perdonó a su hijo después de recibir la muerte de sus manos?

Yo os la contaré.

Era una viejecita que, en sus años mozos, amó a un hombre con el que se casó y del que tuvo un hijo.

Ella lo crió; ella le enseñó a hablar; ella vigiló su desarrollo, cuidándolo amorosamente de noche y de día.

El niño se hizo hombre. Pero llevaba en sí la simiente del mal y su carácter se hizo torvo y su voluntad violenta.

Vivía con su madre, que tenía un beso de perdón para cada una de sus faltas, pues pensaba que sus dulces caricias concluirían por transformar al hijo. Mas no sucedió así y el hijo tornábase cada día más violento y colérico.

Y un día, poseído de la locura de la ira porque su madre le censuró por un terrible pecado—pecado de hurto,—armóse de un puñal y la asesinó, y ella al morirle le dijo:

—Yo te perdono... Mi corazón no te abandonará nunca.

Furioso y enloquecido, el hijo apuñaló el corazón y huyó.

Se detuvo fatigado en su carrera y sentóse al borde de un camino.

De pronto oyó una voz que le decía:

Yo te perdono, hijo mío...

Volvióse y vió cerca de él el corazón de su madre, que latía diciéndole:

—¡Sé buenol... ¡Yo te perdono!...

Pisoteó la carne palpitante, de la que salió la sangre, y volvió a correr.

Y el corazón seguía tras él, diciéndole:

—¡Yo te perdono, hijo mío!... ¡Sé buenol...

Y así, corriendo el hijo y siguiéndole el corazón de la madre, marcharon mucho tiempo, y el corazón no dejó de latir hasta que el hijo, vencido por su tenacidad, se hizo bueno.

Esta es la historia de la madre que perdonó a su hijo después de recibir la muerte de sus manos.

Así también el corazón de Luisa estaba dispuesto a todos los sacrificios.

Ya había sacrificado su amor. Ya nada esperaba del hombre a quien se diera, en su juventud, con todo el entusiasmo de su alma fresca de doncella.

—La única forma de legitimar al niño—dijo David,—sería adoptarlo por mi esposa y por mí.

Luisa no titubeó.

—Hágase como dices, si de esa manera él ha de tener un nombre.

Y aun tuvo fuerzas para sostenerse.

—Yo no te pido un perdón que no puedes darme por ahora—dijo él levantándose.

—Tú eres el padre de mi hijo... Vé y cumple con tu deber.

Se separaron en silencio. Ya nada tenían que decirse. Cerrado quedaba para siempre el cielo de sus amores.

David llegó a su casa y encontró a su mujer entretenida con sus odiosas amistades.

No tuvo que esperar mucho tiempo a que se quedase sola.

Avercóse a Berta con palabras de paz.

—Ya sabes—le dijo—que hace mucho tiempo que deseo tener alguien que me suceda y que continúe el nombre de mi familia...

Ella se encogió de hombros.

—¡He decidido adoptar a un niño!

—¡Tú!—exclamó Berta con asombro.

Yo, sí.

—¡Pero, qué ocurrencia es esa! ¿Sabes a lo que te expones? Acaso dediques tus desvelos a un muchacho de origen desconocido que en el porvenir resulte quizá un malvado.

—Puedes estar tranquila; conozco el origen del niño que me propongo adoptar y te aseguro que los informes son inmejorables.

Berta era demasiado egoísta para no rechazar los propósitos de su marido.

—¿Has contado conmigo para hacer eso?—le preguntó.

—Ya ves que he venido a consultarte.

—Pues no esperes que yo acceda—afirmó imperiosa.

Un relámpago de cólera pasó por los ojos de Auson-Pond.

—¡Tú accederás!—afirmó.

—No... No me interesan los hijos de los demás.

—Estoy seguro de que te interesarás en cuanto sepas que se trata de mi propio hijo.

—¡Un hijo tuyo!

—Sí, un hijo mío.

Los celos alumbraron su furia en el rostro de Berta.

—¿Cuándo has visto últimamente a su madre?

—Hace una hora aproximadamente.

—¡Ah! ¡Conque vive en Londres!... Pues

bien, yo me niego a albergar a ese niño en mi casa.

Berta se encaminó hacia la puerta. Su



—No... No me interesan los hijos de los demás.

marido se interpuso, impidiéndole que saliera.

—¡El dueño de la casa soy yo, y es mi voluntad que mi hijo viva conmigo!

—¡Conforme! replicó ella.—Mas tú es-



—¡El dueño de la casa soy yo, y es mi voluntad que mi hijo viva conmigo!

cogerás entre tu mujer legítima y tu hijo ilegítimo, y verás, de paso, si le conviene perder tu posición social.

—Y tú también, ¿no has meditado que, sin mí, perderías antes que yo tu posición social?—la amenazó David.

La violencia vibraba en las palabras de los dos. Más de una vez él había tenido que vencerse para no golpear a su mujer, que le negaba el derecho de recoger en su casa al niño.

Dueño de su voluntad, defensor de sus propias convicciones por encima de todo siempre que ellas se ajustasen a la ley moral, Auson-Pond no estaba dispuesto a renunciar a sus obligaciones de padre aunque para ello tuviera que deshacer su hogar. Puesto en el camino del deber, no retrocedería nunca.

Yo quiero a mi hijo—afirmó,— y te juro que, en esta o en otra casa, estará conmigo.

David dejó a su mujer. Necesitaba meditar bien su conducta antes de tomar una determinación.

Poco después Luisa, que sólo vivía para su hijo, llegaba a la casa de Berta, que la recibía conservando aún las huellas de la terrible escena tenida con David.

Ella adivinó algo de lo que había sucedido.

—¿Qué le pasa a usted?—le preguntó.

—¡Oh, nada!

—¿No se encuentra usted bien?... ¿Está usted preocupada por algún disgusto?

Las preguntas de Deloryse iban encaminadas a descubrir el misterio de aquellas lágrimas, cuya humedad se advertía en las mejillas de Berta.

—No replicó la señora Auson-Pond;— nada me preocupa como no sea nuestra fiesta... Mis inquietudes son de otra naturaleza... Un altercado sin importancia entre marido y mujer.

—¿Quiere usted un consejo?—ofreció Luisa.

Berta hizo por sonreír.

—¡Tráigase al hijo de su marido a su casa!

Algo como la sombra de un recelo pasó por el pensamiento de la mujer de David, que preguntó con dureza:

—¿Qué sabe usted del hijo de mi marido?

Las dos mujeres se habían levantado y permanecían frente a frente.

Para Luisa llegaba el instante de consumar un nuevo sacrificio.

—Es que yo...—dijo.

Su voz se debilitó.

—¿Es que usted?...—interrogó Berta agresivamente.

—¡Yo... soy su madre!

Nada hay que sobrepase en crueldad al odio de que una mujer es capaz cuando recae en otra mujer de la que siente celos.

Berta, favorecida por su privilegiada po-



—¡Tráigase el hijo de su marido a su casa!

sición de mujer casada, después de conocer el secreto de Luisa, sintió el deseo de expresar sobre ella toda la acidia de su alma sacudida por una rabia frenética.

—¿Y tiene usted—le dijo—la desfachatez de hacerme una confesión tan vergonzosa?

—¡Vergonzosa la confesión de que soy la madre de mi hijo!...



—¿Qué sabe usted del hijo de mi marido?

—¡Sí, vergonzosa!

—Pero...

—No se esfuerce usted en disculparse.

—Necesito que usted sepa que David, an-

tes de ser su marido, fué mi prometido, y que si caí en sus brazos...

—¡Bah, la historia de siempre!—la interrumpió Berta.—¡La historia de todas las que se entregan voluntariamente al vicio!

Demasiado sensible y delicada, Luisa no podía luchar contra el lenguaje corrosivo de la señora Auson-Pond.

El porvenir de su hijo la había conducido hasta allí. No supo esperar la respuesta que él debía llevarle. Ella misma quiso saber cómo Berta acogía el proyecto de su esposo...

—¿Por qué me insulta usted?—dijo con lágrimas.

—Yo no la insulto; le digo la verdad... Hay algo que no tiene perdón. Por encima de las bajas pasiones, está siempre el respeto que una mujer honesta se debe a sí misma.

Cuando una mujer francesa ama—repuso Luisa,—pone en su pasión el alma entera, sin meditar el precio que le cuesta.

—¿Y usted pretende que yo sea encubridora de su desluz, admitiendo en mi casa a un hijo sin nombre?

—Es hijo de su marido, y usted no tiene derecho a llamar ilegítimo a una criatura cuyo padre la reconoce.

Luisa temblaba toda estremecida de pena. Para colmar su martirio faltaba el salvazo de la injuria, y Berta se encargaba de arro-

jarlo sobre la mujer desamparada, sobre la mujer víctima de un buen amor y de su pasión maternal.

¿Qué nuevo castigo podía hacerla ya?

Berta rebuscaba entonces en su pensamiento enfurecido una crueldad nueva con la que dar forma a su ira, que deseaba agotarse en la humilde artista que había venido a ella con una esperanza ingenua.

—Una mujer que hizo lo que usted—le dijo de pronto, solamente puede distinguirse por un calificativo bastante duro.

Luisa vaciló.

Había apurado hasta las heces el cáliz de la amargura.

El brazo de Berta le señalaba la puerta, arrojándola de su casa.

Avanzó hacia la salida, se detuvo, volvióse hacia la esposa de David y desquitóse de sus injurias con estas palabras:

Yo, al menos, le he dado a su marido lo que usted no podrá darle nunca: un hijo.

Para el que sufre hay un consuelo: el de las lágrimas. Mas si éstas le faltan, entonces sólo le resta dejarse consumir por el dolor encerrándose en sus sombrías estancias, a donde no llegan los rumores de fuera.

Luisa, al volver a su casa, esto hizo, porque sus ojos, secos, no podían ofrecerle el consuelo del llanto.

Ella era como una llaga viva, en la que habían escarbado los dedos de una mujer furiosa.

Nada comparable a sus sufrimientos.

No habían tenido piedad de su dolor, sino que, por el contrario, aceleraron los latidos de su herida abierta y sangrante con arañazos feroces.

Pensó en su pequeño David y tuvo, en un principio, el propósito de buscar sus caricias para que mitigasen su pena. Mas la idea de que su hijo iba a sufrir también, la contuvo, y encerróse a solas, sin turbar la risa que, como ella cuando era niña, siempre estaba asomada a los labios del hijo.

Henrieta quiso conocer las causas de su pena, pero Luisa la rechazó.

—Necesito estar sola.

—¿Y no quiere decirme a mí lo que le pasa?—le preguntó con trémolos la bondadosa señora.

—Luego, Henrieta, luego...

¡Tan contenta como estaba usted hace unas horas!... ¿Es que él volvió a marcharse?

—Peor que eso.

—¡No me asuste, señorita!

Los sollozos rompieron los diques que los contenían y Luisa exclamó:

—¡Qué desgraciada soy, Henrieta!

Como una madreita, la anciana cogió a Luisa y la abrigó con el calor cariñoso de su regazo.

—Cuénteme, señorita...

—Henrieta, David... ¡está casado!

—¡Jesús!

—Pero déjeme... Necesito quedarme a solas... Vigile al niño.

—No se martirice, señorita—le rogó la

buena señora.—Ya sabe que el doctor le ha prohibido excitarse.

—Gravon nada puede contra mi pena... Ande, váyase.

Se quedó sola. Y entonces, ante sus ojos, comenzaron a desfilar los recuerdos alegres, como niños que fuesen de fiesta cogidos de la mano.

¡Oh, días de París cuando ella y David corrían por los parques como dos adolescentes! El murmurio de sus besos sembró de notas melodiosas las sendas florecidas. Oyeron sus promesas los árboles y los pájaros, y en las aguas de los estanques más de una vez se reflejaron sus rostros encendidos.

Pero aquellos días pasaron y detrás vinieron otros cargados de tristeza.

El se había ido. La guerra, negra y roja, aumentaba su violencia. No llegaban noticias de David.

Luego nació el niño, y durante muchos meses Luisa sólo vivió para su maternidad. Ella lo criaba dándole el zumo blanco, el vino consagrado de sus pechos. Eran sus manos las que vestían con ropas suaves la carne rosada y tierna, siempre cubierta de caricias; y era ella, toda entera, la que lo dormía con el runrún de la canción del durmiente.

Después vino otra vez la inquietud. Su hijo necesitaba un padre. Su hijo necesitaba que David Compton no hubiese muerto para legitimar el fruto de sus amores con la bailarina del «Moulin Rouge».

Comenzó entonces la larga espera. El niño crecía mientras tanto.

Inesperadamente un día él volvió, y Luisa sintióse ofuscada por el sol de la felicidad. Pero de pronto el sol había desaparecido bajo los negros crespones de la desgracia.

Ahora...

¿Qué será de mi hijo?—preguntábase. Oyó la voz de Auson-Pond, que acababa de llegar y la llamaba. Venía, sin duda, a decirle lo que ya sabía: que Berla se negaba a adoptar a su hijo.

¿Para qué vuelves?—le preguntó.

—He fracasado en mis intentos conciliatorios—le dijo él sin hacer caso de su pregunta.

—Lo sé.

—¿Quién te lo dijo?

—He estado en tu casa.

Auson-Pond ignoraba la violenta escena que había tenido lugar, a poco de salir él, entre Luisa y su mujer.

—¿Pero ella sabe entonces que tú eres...?

—Sí.

—¿Entonces?...

—¡Todo ha concluido!

David le tendió los brazos.

—No, mi Luisa, no ha concluido todo... ¡Ahora es cuando de veras empezará nuestra dicha!

Ella lo miró sorprendida, temiendo que aquella voz, que sonaba tan prometedora, la engañase.

—¡He resuelto no volver a mi casa! — exclamó David.

Dudó aún de lo que oía.

—Todos saldremos esta noche camino de París — añadió él.

¡Con qué divina locura se echó Luisa en los brazos de su amado!

—¡Repítelo! ¡Vuélveme a decir que nos vamos y que ya no nos separaremos nunca!...

Lo besaba, abrazándolo con todas sus esperanzas renovadas. Cuando ya se sentía hundida en el dolor, cuando ya sus ojos quedaron cegados para el espectáculo de los horizontes luminosos hacia los que se dirigían los amantes, he aquí que él, como un Dios, encendía la antorcha de las ilusiones...

—¡David! ¡Mi David!... ¡Tú no sabes aún cuánto te quiero!... Pero yo te prometo que mi vida, cerca de ti, será un continuo velar por que nunca te atormente ninguna inquietud.



—No, mi Luisa, no ha concluido todo... ¡Ahora es cuando de veras empezará nuestra dicha!

Se encogía, mimosa y febril, con las manos acariciándole el rostro.

—Soy tu mujercita—decíale.—Soy tu mujercita, que nunca amó a otro hombre y que te lo ha dado todo, y que te dará, desde hoy, muchas alegrías y ninguna pena.

Se unió más a él, deseando fundirse en su alma y en su cuerpo, con un ansia de unión eterna.

—¿No sabes?... Nuestro David me ha dicho que quiere que su papá viva a su lado...

Auson-Pond procuró contenerla.

—Bueno, aculta; tenemos que pensar en nuestro viaje.

—¿Saldremos hoy misma?

—En el rápido de esta noche.

Luisa sintió cuardecer su cariño en un afán inaudito de incabables caricias.

—Bésame, amado mío... Necesito todos tus besos para alejar la tormenta que se había desencadenado en mi alma, cansada ya de sufrir.

El la besó.

Nos habíamos olvidado de una cosa—dijo él de pronto.—Tu estarás obligada por un contrato a la empresa que te trajo a Londres.

—¡Eso no!—rechazó Luisa.—Yo no estoy obligada a nadie como no sea a mis dos David.

—¿Cómo piensas arreglarlo, entonces?

—¡Oh, no te preocupes! El contrato se rompe, y en paz... Mi carrera de bailarina ha concluido. De aquí en adelante sólo bailaré para ti.

Hicieron planes con la mirada puesta en el porvenir, con esa inconsciencia del que desconoce la existencia del peligro, los pequeños obstáculos que surgen en la ruta de los seres confiados y en los que tropiezan cayendo para no levantarse más.

—Viviremos—decía Luisa—en una casita de campo que tenga jardín, un jardín con muchas flores... Y en las noches de luna, teniendo por escena un palaceta de mirtos, yo bailaré mis danzas más bellas... No tendré más público que a ti y a mi hijo... ¡Qué felices vamos a ser!

Siguieron hablando; pero el tiempo, ese enemigo de las grandes alegrías, pasaba de prisa y David tuvo que marcharse para hacer los preparativos del viaje.

—Tengo que hacer las maletas y cargar habitaciones en París.

—¿Tardarás mucha en volver?—le preguntó ella.

—Lo indispensable... Procuraré detenerme lo menos posible para hallarme aquí antes de las ocho.

Le acompañó hasta la puerta, y en

cuanto le dijo adiós dedicóse a preparar sus cosas.

—¡Henrieta!... ¡David!

Corría por la casa, cargada con paquetes.

—¿No sabéis que nos vamos?

Cogió a su niño.

—¿Quieres ir a París? Pues esta noche tomaremos el tren.

—¿Y papá?—preguntó el niño.

—Vendrá con nosotros.

Henrieta alzó los brazos al cielo.

—Todo el tiempo nos hace falta... Usted, Henrieta, arregle sus cosas y haga el equipaje del niño—ordenó Luisa.

Las dos mujeres y el pequeño comenzaron a ir y venir, cada uno haciendo su trabajo: el niño llevaba sus juguetes, Henrieta arrastraba maletas y baúles y Luisa se multiplicaba cargada de ropas, poniéndose cinco sombreros unos encima de otros y desapareciendo bajo un alud de sedas, de blondas y de cajas.

—¡De prisa, Henrieta!... Hay que tenerlo todo dispuesto para cuando regrese David.

Su voz salía filtrándose a través de todos los trajes que la ocultaban y que pendían de su cabeza, de sus hombros y de sus brazos.

—A ver, ayúdeme, que se me caen...

Henrieta acudía en su auxilio, y por los suelos iban extendiéndose en confusos montones cintas y ropas, flores y joyas.

Ya no había sitio donde colocar las cosas. Estaban ocupadas mesas y sillas, mientras el pequeño David, sentado en el suelo, al lado de Henrieta, distraía a la buena señora, explicándole el mecanismo de algunos de sus juguetes, miniaturas de ingeniería a las que, como su padre, era aficionado.

—Esta es una grúa para grandes pesos—decía.—Esto es una torre con un aparato de radiotelegrafía... Mira las antenas...

Mas era decreto del destino que Luisa no alcanzase la realización de sus sueños, sobre los que se arrojarían pronto las aves agoreras de la fatalidad.

Desde el día anterior, Berta, después de una crisis nerviosa que agotó su violencia, de la que había sido víctima Deloryse, sentíase cambiada en sus disposiciones respecto del proyecto de su marido.

La amenaza de David disponiéndose a abandonar su casa, conmoviérala angustiosamente.

Ella, además, no era mala, sino frívola. El choque que acababa de sufrir, sobre todo cuando Luisa le reveló sus amores de otros tiempos con Auson-Pond, hizo que en su alma de mujer germinasen las flores de la ternura. Arrepintióse de su actitud frente a la madre del hijo de su esposo; comprendió todo el alcance de su sacrificio, y la admiró.

¿Qué culpa tenía ella, ni tampoco su marido?

Al obrar como obraba, David respondía a profundas convicciones. Su carácter de hombre limpio moralmente era incapaz de la traición. ¿Por qué no creer entonces en la verdad de sus palabras?

Aquel hijo que quería adoptar era el fruto de unos amores en los que se interpuso un designio fatal, contra el que su víctima, Luisa, no pudo nada.

Berta no durmió en toda la noche. Daba vueltas en el pensamiento a sus ideas, indecisa entre acceder a los deseos de David o separarse de él. Pero esto último, sobre ser una injusticia, implicaría en ella una espantosa maldad.

El quería a su hijo, el hijo que ella no pudiera darle. Era, pues, legítima su exigencia pretendiendo darle su nombre.

Pasó la noche, toda ella de insomnio. Al levantarse, entrada ya la mañana, Berta había tomado una determinación, que se decidió a poner en práctica por la tarde, dirigiéndose a la calle del Puente de la Reina, donde vivía Deloryse.

Salió a abrirle Henrieta.

—¿La señorita? preguntó.

—Tenga la bondad de pasar.

Luisa fué sorprendida dolorosamente por la presencia de su rival cuando trabajaba

con más ahínco, concluyendo de hacer el equipaje.

Berta miró a su alrededor y dióse cuenta de lo que sucedía. Aquellos preparativos iluminaban con siniestro claror las palabras que Anson-Pond le había dicho la víspera amenazándola con abandonarla.

Tuvo miedo.

—Perdóneme—dijo con voz de timbre amable—que venga a distraerla de sus ocupaciones.

Luisa miró con altivez a la mujer que con tanta crueldad la había insultado el día anterior.

—No comprendo a qué viene usted a la casa de una mujer tan despreciable como yo.

Permanecían en pie, sin que Luisa invitara a tomar asiento a Berta, como dándole a entender que no estaba dispuesta a oírle mucho tiempo.

Reconozco que ayer tarde, perdida la serenidad, estuve violenta e injusta con usted —exculpóse Berta.

—¿Nada más que eso?

—¡Señora! Todas mis disculpas por mi conducta... Yo quiero que usted olvide la escena de ayer.

Hablaba con seguridad y dulzura, llena de confianza en los motivos que la habían llevado a casa de Deloryse.

—¿No tiene usted otra cosa que decir?— preguntó Luisa.

—Tengo muchas cosas que decirle... Oígame con calma... ¿Me permite usted que me siente?

Luisa hizo un ademán de conformidad y sentóse también.

Por más que no comprendiera aún el sentido de aquella conducta, la actitud serena y casi cariñosa de la mujer de David despertaba sus temores, avisándole de nuevo que sus esperanzas de felicidad corrían un grave peligro.

Le temblaban las manos, y las yemas de sus dedos percibían los fuertes latidos de la sangre en las venas de las muñecas. Estaba toda sobreecogida y asustada.

—Cuando los hombres tienen que ventilar un asunto— comenzó diciendo Berta,— se encuentran de hombre a hombre...

El silencio se cruzó en la brevedad de un segundo en el camino de las palabras.

—Yo he dejado mi orgullo y mis ideas morales en casa—añadió Berta,—para hablar con usted *de mujer a mujer*.

Miró a los ojos a Luisa, y con voz clara exclamó:

—¡Yo adoptaré su hijo!

Luisa tuvo que hacer un esfuerzo sobre sí misma para no desfallecer.

—Y desde ahora—prosiguió Berta,—su porvenir no tendrá que inquietarle a usted.

—Le advierto, señora—replicó la madre con precipitación,—que su marido se vendrá esta noche con nosotros a París.

—Lo suponía y he venido precisamente para evitar ese disparate, del que no sería yo la víctima principal, sino su propio hijo.

—¿Mi hijo?

—¡Sí, su hijo!

Deloryse sintióse abrumada. Ahora comenzaba a comprender. Y esto era lo horrible. Iban a arrebatárle todas sus alegrías. ¿Qué sería de ella después?

—¿Por qué resolver asunto de tanta importancia en forma tan descabellada? ¿Qué reproches no tendría derecho a hacerle su hijo el día de mañana cuando supiese que sus padres no estaban casados?

Las preguntas de Berta iban rectas a dar en las fibras más sensibles de Luisa. La idea de la renunciación absoluta, de un sacrificio último y final, nació en su pensamiento. Pero sentíase sin fuerzas para dejarse despojar así, sin lucha alguna, de todos sus amores.

Callaba. No tenía palabras que decir. De nuevo iban a precipitarla desde las alturas de la ilusión en las lóbreguezes del dolor.

El pequeño David entró en aquel instante y se acercó a las dos mujeres.

Berta lo tomó en brazos.

—¿Quién es usted?—le preguntó el niño.

—Soy una amiguita tuya.

—Pues no te conocía... ¿Tú sabes que tengo un papá? Ayer vino a mi casa y ahora lo estamos esperando para irnos a París.

Oyóse un gemido muy triste.

—¿Lloras, mamá?

—No, hijo, no lloro.

Berta cogióle las manos a Luisa.

Si yo hubiera tenido un niño así—dijo, muy distinta habría sido mi vida.

Se inclinó sobre el pequeño para besarle, y descubrió en su rostro el recuerdo de Auson-Pond.

—¿Cuánto se le parece!—exclamó.

Luisa, oyéndola, empezaba a sentirse superior a su sacrificio. No sabía dónde, acaso en los profundos manantiales de su alma de madre, hallaba fuerzas para sobreponerse a su suplicio, aceptándolo sin una queja.

—Si usted me ayuda a que no se vaya mi marido—le dijo Berta,—yo pondré todo lo que esté de mi parte para que su hijo sea dichoso a mi lado.

Ella aceptó resignada, con un ligero movimiento de cabeza, la alianza que le proponían.

Berta comprendió que era excesivo el

dolor que infligía a su rival permaneciendo allí, y se levantó.

—De mujer a mujer—prometió,—le doy mi palabra de que trataré al niño como si fuera su propia madre.

El niño estaba entre las dos. Su madre le acarició los cabellos y, dirigiéndose a Berta, dijo:

—He de pedirle una cosa... Es un ruego en el que pongo mis pobres esperanzas de madre que va a quedarse sin hijo.

—Dígame...

Luisa se aproximó a Berta y, poniendo toda su alma en lo que iba a decir, le susurró al oído:

—Yo quiero que mi hijo ame siempre mi recuerdo... Háblele usted de mí, y cuando sea hombre, que sepa que hubo una mujer, que fué su madre, que lo amó al extremo de desprenderse de él para que tuviera un nombre.

La señora Auson-Pond le estrechó con fuerza las manos.

—Confíe en mí—dijo.—Adiós.

Se detuvo antes de salir y volvióse.

—Desde luego, queda usted relevada del compromiso de bailar esta noche en mi casa. Deloryse se irguió toda entera.

—Cumpliré mi promesa—repuso.—Ya no

bailo ante la señora Auson-Pond; bailo ante la madre de mi hijo.

Berta se inclinó en un saludo que fué como un homenaje con el que rendía su admiración a aquella mujer extraordinaria, y salió.

V

En verdad que entonces comenzó Luisa la subida al gólgota donde había de ser crucificada en su dolor de madre. Sus brazos abiertos en espera del hijo, al cerrarse, no oprimirían ya al fruto de sus entrañas... Todo había concluido definitivamente.

¿No le dijera el doctor que su corazón se rompería al choque de una impresión demasiado fuerte?

Pues ese instante había llegado.

¿Por qué vivía aún? ¿No estaba hecho ya el último sacrificio? ¿A qué esperaba la muerte?

Quizá la que nunca avisa avanzase entonces hacia ella para sorprenderla y llevársela.

Ella la presentaba rondando a su alrededor.

De un instante a otro llegaría David, y cuando se marchase, ella no le acompañaría, pero si su hijo.

—Tómalo; te lo doy—dijale.

—Pero tú, ¿por qué no vienes también?—preguntarle él.

—Porque para mí no hubo, al nacer, una estrella de buena y protectora luz que presidiese mi destino... ¡Véte! ¡Yo te entrego mi hijo!

Y él se iba, y ella quedaríase sola esperando la muerte.

Como en otra noche en la que su alma, elevada a regiones de amoroso delirio, esperaba impaciente el regreso de David, que se había marchado hacia muchos años, volvió a oír la letanía monótona y triste del reloj contando el tiempo. Sólo que los latidos de entonces eran lentos porque lo que ella esperaba era un mensaje de felicidad, y los de ahora eran demasiado rápidos porque ya nada esperaba, hundida en su espantosa pena y viendo como a su lado desfilaba el cortejo sinharaquiento de la desgracia.

Iguales, medidos, contados, sonaban los pasos del tiempo:

—Tic, tac... Tic, tac...

No se detenían nunca. Siempre igual, ni más de prisa ni más despacio.

—Tic, tac... Tic, tac...

Así una y otra vez, sin que el dolor de la madre fuera bastante a alterar su seco son.

Poco a poco, Luisa sentía como si hubieran raído su alma, secando todas las brotes que la esperanza hiciera nacer. Estaba mustia. Como una flor sacudida por el viento, las hojas se retorcián agrietándose y cayendo al suelo, de donde las recogería el viento para esparcirlas en todas direcciones.

—¡Mi hijo!—sollozó.

Más las lágrimas no acariciaron sus ojos.

—¡Pobre de mí!

Era ella como un ser desvalido, sola en el mundo, con una enorme tristeza por carga. Sus hombros, demasiado débiles, no podían resistirla, y el cuerpo doblegábase al peso, queriendo soltarlo y caer sin vida sobre la tierra.

Y no se rebelaba contra su dolor. Tenía la voluntad de su sacrificio. De abnegación, estaba hecho su espíritu.

Apareció Henrieta.

—¿Se ha ido ya?—preguntó.

—Sí, se ha ido... Es una buena señora que acepta con admirable desecho a David por hijo, adoptándolo.

—¿Quién es entonces?

—La esposa de Anson-Pond.

Henrieta se sublevó con toda su ingenuidad de mujer sencilla.

—¿Qué ha hecho usted?—preguntó.

Lo que debía... Entregaré mi hijo a su padre para que tenga un nombre que poder ostentar con orgullo el día de mañana.

—De veras que no lo entiendo, señorita... ¿Va usted a desprenderse del niño?

—Sí.

Henrieta asombrábase oyendo a Luisa, que se expresaba con aparente tranquilidad, sin que asomases a su rostro manifestaciones de la agitación que debía conmoverla interiormente.

—Y estando convencida de que su hijo se va, ¿cómo es que sus ojos no vierten lágrimas?

La señora de compañía no concebía esta conducta. Para ella el dolor tenía que exteriorizarse en forma brusca para que fuera de verdad; ignoraba cuánto más terrible es el dolor del que no llora.

—¿Tú no has sido madre? — preguntó Luisa.

Ya lo sabe la señorita—respondió Henrieta con perplejidad, sin darse cuenta del alcance de la pregunta.

Pues entonces no puedes comprender a qué sacrificios no es capaz de someterse una madre por el bien de sus hijos.

—Yo lo único que comprendo es que nos

quedaremos sin el niño—replicó con llanto en la voz la bondadosa anciana.

—¿Tú no sabes—presiguió Luisa—el valor que se necesita para ahogar en el pecho estos grandes dolores?

No, señorita, yo no sé nada... ¡Pero el niño, el niño!...

Sonó el timbre de la puerta.

—Vaya usted a abrir... Debe ser él.

Era David, en efecto, que volvía dispuesto a unirse para siempre a su antigua prometida y a su hijo, marchando con ellos hacia París.

—¿Aun así?—preguntó al entrar, viendo el equipaje sin hacer.

—Ya no nos vamos—respondió Luisa.

El advirtió entonces la postración de la joven.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Tu mujer ha estado aquí.

—¿Berta aquí?

Y se ha ofrecido con piadosa generosidad a adoptar al niño.

Sentía un cansancio enorme, tan grande que sus palabras sonaban con fatiga.

—¿Pero tú has consentido?—le preguntó el absorto ante la inmensidad de aquel sacrificio que le descubría la grandeza de alma de Luisa.

—El es mi hijo. Yo sólo viví hasta ahora para él. Todos mis deseos le pertenecen. No tengo otra voluntad que la suya. Mientras nada se opuso a que viviera a mi lado, le



—¿Pero tú has consentido?

regalé con todo mi cariño... Ahora necesita un nombre, y yo no puedo, ni debo, ni quiero ser un obstáculo para su porvenir.

David no pudo reprimir los gritos de su admiración.

—¡Mi pobre Luisa! — dijo queriéndola abrazar.

Ella lo separó, evitando su caricia y prosiguió:

—De mujer a mujer, Berta y yo hemos comprometido nuestra palabra de corregir en lo posible este error de mi vida. ¡Así mi niño podrá erguir algún día la cabeza entre los hombres, sin avergonzarse de su origen!

El pequeño David se presentó restregándose los ojos, cargados de sueño.

—¿No nos vamos, mamá?

Ella lo cogió en brazos y comenzó a mecerlo.

¡Dios permita que esta dolorosa renuncia que destroza mi alma sea para tu felicidad! — exclamó besando al niño en la frente.

Se cerraron los ojos del pequeño. Con voz apagada y suave, su madre lo dormía cantándole la canción de las noches, cuando a los hijos se les caen los párpados cerrando el paso a la luz y llenando de sombras su pensamiento infantil.

Anson-Pond guardaba silencio, impresionado por la trágica y sublime belleza de Luisa.

La cabeza del niño se dobló sobre el brazo de la madre.

—¡Se ha dormido!—dijo.

Y siguió meciéndolo, cantándole con voz muy baja y muy dulce:

—¡Hoooo!... ¡Hoooo! ¡Hó!... ¡Hoooo!... ¡Hoooo! ¡Hó!

Y las lágrimas empezaron a fluir una vez más, resbalando por las mejillas de la madre. Volaron las palomas del silencio.

Auson-Pond no se atrevía a hablar.

De cuando en cuando, cada vez más triste y cadenciosa, oíase la canción que a todos nos merjó:

—¡Hoooo!... ¡Hoooo!... ¡Hó!... ¡Hoooo!... ¡Hoooo!... ¡Hó!

El niño, en sueños, alzó su voz y dijo:

¿No nos vamos, mamá?

David hubo de ahogar un sordo lamento.

Alzó la cabeza y vio las lágrimas de Luisa, que abrigaba al niño.

—¡Pobre hijo!—dijo ella.

Puso en su frente un beso todo de luz y exclamó entregando el hijo al padre:

¡Que Dios te bendiga!

Se levantaron. El hombre, conmovido, persistía en su mudéz. De pronto habló:

¡Me lo has dado todo, sin que yo mereciese nada!

Luisa hizo un último esfuerzo y le rogó:

¡Llévatelo pronto, David, y quérELO mucho! ¡Es mi alma la que te llevas en tus brazos!

Lo empujaba suavemente hacia la puerta, queriendo concluir pronto su inenarrable sacrificio.

—¡Cúidalo! ¡Defiéndelo del dolor! ¡Haz de él un hombre fuerte y bueno!... ¡Pues él ha de ser el monumento que erigirás a mi humilde memoria!

Apoyándose en una de las jamas de la puerta para no caerse, los vio marchar.

Consumado era el postrer holocausto.

La séptima sublime palabra que sobre la cruz había pronunciado Jesús de Nazareth, ella podía hacerla suya.

Ya llegué, Señor, a la cambre de mi gólgota. Ya me crucificaron en mi dolor... ¿Por qué no me envías la muerte ahora? Mi corazón, vaso de rubí que contenía la esencia de mi cariño, se encuentra exhausto. Vacío quedó de lo que lo llenaba y era toda mi vida... ¡En tus manos lo pongo, Señor, para que ellas sean las que lo rompan!

Pero la muerte no tardaría mucho en llegar.

Sosteniéndose con esfuerzo difícil, volvió sobre sus pasos y miró las ropas extendidas por el suelo. Anduvo buscando entre ellas hasta elegir una túnica de fino tejido, tan sutil que una mano de niño bastaría para ocultarla.

Alguien empujó entonces la puerta del piso, entrando en él. Era Graven, el médico.

—¿Para qué quiere usted el traje de baile, si no ha de bailar esta noche?—preguntó viendo la túnica, que ella conservaba en sus manos.

—¡Es lo único que ya puedo hacer!—exclamó.

Tenía su rostro una palidez espectral. Eran sus movimientos flojos, como de enferma sin fuerzas.

El médico, temiendo que se cayese, la cogió.

—¿Qué le pasa a usted?

Luisa ocultó el rostro en el pecho del amigo y gimió:

—¡Doctor! ¡Auson-Pond es el padre de mi hijo!

¡Pobre mujercita! lamentó el médico. Y se puso a acariciarla paternalmente.

—¿Cuándo lo supo usted?

—Ayer; él mismo me lo dijo.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—¡Le he entregado mi hijo!—sollozó Luisa.

Gravon fué sacudido por una brusea y violenta emoción de ternura y de asombro.

—¡Pobre mujercita!—volvió a decir mientras la acariciaba.

El sabía un poco del dolor de las almas. Los cuerpos enfermos le habían revelado muchos secretos.

—Yo que, al venir, esperaba encontrarla muy alegre...—le dijo.

—¡Dios mío, cuánto sufrí!—exclamó Luisa.

El manantial del que, hasta entonces, extrajera la energía que la sostuvo, comenzaba a secarse.

—Lo que no entiendo es dónde piensa usted bailar hoy—preguntó el médico.

—He prometido mi concurso a la fiesta que da la señora Auson-Pond.

—¡Pero eso es una locura! ¿Va usted a bailar en su casa?

—No se incomode, doctor—repuso Luisa con un gesto que era como el remodo de una sonrisa.—Fijese bien: yo no voy a bailar en la casa de esa señora, sino en la de quien desde hoy es la madre de mi hijo.

—Peor aún—protestó Gravon.

—Lo he prometido, y a la que aceptó el papel de ser madre de mi hijo nada puedo negarle.

—¡Es que si baila usted esta noche, será como si bailase su danza de muerte!

Luisa tuvo un ademán de indiferencia para este peligro.

—¡La vida es un castigo para mí!—lamentó.—¡Prefiero que mi hijo me lllore ahora y no después, cuando comprenda el horri-

ble suplicio de vivir como he vivido yo hasta hoy!

—Sea usted razonable, Deloryse.

Y Graven trató de convencerla con su lenguaje de médico, cariñoso y compasivo. Sentía por aquella enferma un afecto paternal, en el que entraba por mucho la admiración que le producía la rectitud y nobleza de su alma de madrecita abnegada.

*
*
*

La fiesta en el palacio de Anson-Pond había comenzado. Por los salones discurrían los amigos del matrimonio. Todos sentían curiosidad de ver a la gran Deloryse, cuyo concurso anunciaban los programas.

La mujer de David recibía a los invitados, quienes le preguntaban al entrar:

—¿Y Deloryse?

No sé si vendrá, aun cuando me lo ha prometido.

Enormes arañas de cristal pendían de los techos, inundando los salones de luz. Oíase el crujir de sedas de los trajes femeninos y respirábase esa atmósfera perfumada y caliente de los lugares confinados en los que se encuentran muchas mujeres elegantes.

La señora Anson-Pond se hallaba inquieta, pero cuidaba que nadie advirtiese su in-

quietud. La promesa de Deloryse, aunque halagara su vanidad de mujer organizadora de una fiesta, le asustaba un poco.

—¿Ha venido Deloryse?—preguntó a un criado.

—No, señora.

Se tranquilizó, deseando vivamente que ella fallase a su palabra. Temía su presencia, suponiendo que si llevaba su sacrificio al extremo de bailar en su casa, sus danzas tendrían un triste fin.

A todo esto, el doctor Grayon se encontraba en el despacho de David, al que había venido a ver para darle cuenta del estado de Luisa.

—La he dejado en su casa—le dijo el médico.

—¿Entonces no bailará esta noche?

Creo que no... La he infundido el temor de su próxima muerte y espero haberla convencido para que desista de sus propósitos, que, de ponerlos a la práctica, le serían funestísimos.

—Mejor que suceda así—comentó David.

—¿Le ha contado a usted ella cómo se desarrollaron nuestras relaciones?

—Lo sé todo... ¡Pobre muchacha! Merecía haber tenido otra suerte.

Auson-Pond movió la cabeza tristemente.

—Verdad, doctor, verdad... ¡Luisa mere-

cía haber tenido mejor suerte! Y he sido yo el culpable de su desgracia.

El médico trató de consolarle.

—Tampoco es de usted la culpa... Usted procedió honrada y caballerosamente...

Quiso desviar el curso de las ideas de David, en cuyo rostro se reflejaba una inmensa pena, y le preguntó:

—¿Y el niño?

—Está durmiendo.

Y al decirlo, la expresión del padre iluminóse de alegría. En sus brazos condujéalo a su casa y, dormido como estaba, habiéndolo acostado en un nuevo lecho, en que el pequeño, ajeno al juego del destino, descansaba sereno en su inconsciencia, que nada sabía aún de los dolores de la vida.

Sin embargo, él era la causa inocente de las torturas de su madre.

Había llegado el tiempo en que la humanidad alumbrase de sus entrañas el nuevo principio con fuerza de la ley divina, que debía regir las relaciones de padres e hijos.

Atrás quedaban las épocas de la potestad bárbara. Ahora sobre las frentes de los hombres lucía, con fuerza de axioma ineludible, este mandato:

«Todos los derechos para los hijos, y para los padres todos los deberes.»

A este mandato obedecía Luisa entregando

a David el hijo, porque el niño necesitaba un padre.

¿Qué importaba que ella cayera vencida al hacer este sacrificio?

Se acercaba el último acto del drama.

La orquesta llenaba con sus compases los salones del palacio de Auson-Pond.

Un criado anunció:

—La señorita Deloryse acaba de llegar.

Berta reclamó silencio a sus invitados para decirles:

—Tengo el gusto de anunciarles que la gran Deloryse, a quien esperábamos, nos deleitará muy pronto con el encanto de su arte prodigioso.

Las palabras de Berta fueron acogidas con un murmullo de entusiasmo.

Al mismo tiempo Henrieta corrió al despacho de David, donde se encontraba aún el doctor.

La pobre mujer venía desolada.

—¿Y la señorita?—preguntó.

—¿Pero no se encuentra en casa?—dijo Graven.

—No, señor: ha salido hace unos instantes y he venido a decirselo para que la impidan bailar... Ella viene en busca de la muerte.

David se levantó, intensamente pálido.

—Vamos, Graven... Corramos antes de que esa criatura se mate en una última danza.

Bajaron apresuradamente y llegaron en el preciso instante en que las puertas de hierro labrado del salón de fiestas se cerraban detrás de Deloryse, que hacia su entrada triunfal tendida en un lecho fastuoso, adornado con un tejido de filigrana, que conducían a hombros cuatro mozos con traza de esclavos.

Ya nada podía hacerse. Sobrecogidos por el terror de lo que iba a suceder, David, Graven y Henrieta vieron cómo los conductores dejaban el lecho en el suelo, del que se levantaba Deloryse saltando en medio del salón y trenzando los brazos para comenzar su danza.

¿Cómo era posible que Luisa hubiera tenido fuerzas para llegar hasta allí?

El médico, al dejarla, llevaba consigo el convencimiento de que ella renunciaría a bailar.

Sin embargo, Luisa estaba ahora en los salones de la fiesta, con su cuerpo tenso para la danza, mientras el alma se le moría poco a poco.

La amenaza de la muerte con que Graven creyó atemorizarla fué el estímulo más po-

deroso que obró sobre ella, empujándola a darse en un último hallo a la mujer que adoptaba a su hijo.

No quería vivir, ¿Para qué quería la vida?

Mas era triste ver cómo aquella encantadora mujercita de veintitrés años buscaba la muerte!

Nada la había detenido.

Henrieta, la muy humilde y bondadosa, cuando el doctor se despidió, había acudido a su lado.

—¿Qué quieres, Henrieta?—le preguntó Luisa.

—No quiero sino estar al lado de usted... y llorar con usted.

—Yo ya no tengo lágrimas, Henrieta. Si tú puedes llorar, hazlo... pero yo no puedo.

La anciana se atemorizó oyendo a la joven, que hablaba con voz yerta, como si sus palabras se las dictase la que ha de venir a todos nosotros para arrastrarnos a la tumba.

—Llore conmigo, señorita... Eso le haría mucho bien.

Luisa pasó sus manos en la cabeza blanca de la buena mujer.

—Vete, Henrieta, vete y... llora tú sola.

Sin que adivinara los propósitos de Luisa, Henrieta se fué y estuvo llorando mucho tiempo.

El silencio que reinaba en la casa la sorprendió.

Entonces fué cuando notó su ausencia y encaminóse con sus pies cansados de vieja al palacio de Anson-Pond.

Luisa la había precedido en media hora, tiempo que empleó en dar sus órdenes a los servidores que debían conducirla.

—Cuando me veáis caer y que no me levanto—les previno,—volveréis a colocarme en el lecho y me llevaréis fuera del salón de fiestas.

Ella les habló así porque era su pensamiento bailar «La danza de la Muerte».



Son muchos los que ahora la ven bailar. Pero sólo tres, dos hombres y una mujer, conocen el verdadero sentido que preside aquella danza.

Deloryse ha abierto la magia de sus brazos y corre por el salón brindando con sus pies las maravillas de su arte.

Está como nunca bella. Las rosas terribles de los agonizantes lucen en su rostro, y brillan sus pupilas con la fiebre de lo que se acaba.

A través de las puertas de hierro labrado, David, el médico y Henrieta la miran con ojos de espanto, siguiendo todos sus movimientos, seguros de que de un instante a otro caerá para no volver a levantarse.

Los tres respiran afanosamente y a veces sus labios pronuncian frases entrecortadas.

Y Deloryse prosigue su baile, al ritmo de una música ligerísima, de largas notas de violines y de notas aterciopeladas de violonchelos.

Las notas de la orquesta corren y suben hasta la alcoba en que duerme el hijo, que se despierta, mira en torno de sí y llama:

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

Antes, cuando la llamaba, su madrecita corría a él y volvía a dormirle.

Pero hoy nadie le contesta.

El niño se restrega los ojos espantando el sueño y abandona el lecho.

Es la alcoba tan grande, que él no sabe hacia donde encaminarse.

Ve abierta una puerta y sale, encontrándose en lo alto de una escalinata, por la que comienza a descender llamando a su madre.

Abajo, en el salón de fiestas, la música aceleraba su ritmo.

Y Deloryse bailaba sonriendo, con los ojos cubiertos por la niebla de una agonía muy lenta.

Vaciló de pronto. ¿Qué pasaba dentro de su pecho?

Se rehizo, y sus pies volvieron a correr en giros graciosos que simulaban la persecución de dos mariposas.

De nuevo le flaquearon las piernas, y la bailarina, como si se dejase caer, tendióse en el suelo.

Henrieta atenzó un brazo del doctor:

—¡Dios mío!—exclamó.

Los dos hombres fijaron sus ojos en el cuerpo tendido.

—¿Qué le habrá pasado? — preguntó David.

Pero Deloryse volvió a levantarse y volvió a bailar, pateando el suelo como si fuese una caja de resonancias a la que sus pies arrancasen melodías inoíbles.

Berta, que la miraba maravillada, acordóse del pequeño David, y quiso ofrecerle a la verdadera madre, que había venido a su casa para honrarla con su arte, el homenaje de su cariñosa solicitud por el niño, saliendo del salón.

El niño y Berta se encontraron en las escaleras.

—¿Por qué te has levantado, nenin mío? le preguntó ella abrazándolo.

—¿Y mi mamá?—inquirió él.

—Tu mamá soy yo. ¿No me quieres tú a mí?

—Te quiero—repuso el niño,— pero yo tengo una mamá que no eres tú.

—¿Y si tuvieses dos?

El pequeño David miró detenidamente a Berta y contestó:

—Buena, como tú quieras.

Ella, entonces, toda removida en sus en-

trañas de mujer, abrazó al pequeño exclamando:

—¡Hijo mío!...

Y el niño, como si presintiese que aquellas caricias eran también de madre, se abandonó a sus brazos, dejándose llevar a la alcega.

Se acercaba el desenlace del drama.

Dos veces se había caído Luisa y dos veces se había levantado.

—La tercera será la última—dijo Grávon a David.

Y este anuncio abrió los ojos de los tres espectadores que conocían el sentido de aquella danza.

¿Cómo podía bailar aún Deloryse?

Sólo ella lo sabía, ella que iba sintiendo cómo su corazón daba cada vez latidos más débiles.

Los compases de la orquesta eran ahora lentos, obedeciendo a los motivos de la danza, que la artista tejía, como se teje un sudario, con sus pies breves, pies menudos de niño, que, sin embargo, habían recorrido todas las rutas del dolor.

Y mientras bailaba, ella acordábase de su hijo.

Su pensamiento recorría la casa buscándolo.

—¿Dónde estará?—se preguntó.—¿Quién velará su sueño?

Fue entonces cuando su corazón empezó a detenerse, y Deloryse, casi sin respiración,



Y el niño, como si presintiera que aquellas caricias eran también de madre, se abandonó a sus brazos...

avanzó dos pasos con los brazos tendidos, titubeó, dobláronsele las rodillas, y obediendo las indicaciones de la música que sonaba ahora con los violonchelos, doblóse

por la cintura, cayendo y logrando con un supremo esfuerzo que su cuerpo quedase tendido conservando la armonía de sus líneas, en una actitud de eutimia clásica.

—¡Doctor!—dijo David.

—¡Esto se acabó!—exclamó Graven.

—¡Dios mío!—gimió Henrieta.

Los tres sostenían aún la esperanza de que ella se levantase. Pero Deloryse no se levantó.

Los cuatro servidores cogieron a la artista, volvieron a colocarla en el lecho fastuoso adornado con un tejido de filigrana, lo alzaron sobre sus hombros y se encaminaron a la puerta de hierro labrado.

Al paso de la artista estalló la ovación con que los espectadores expresaban su entusiasmo.

La puerta se abrió.

—Dejadla aquí—ordenó David a los que conducían a Deloryse.

Ellos dejaron el lecho en el suelo. El médico y Auson-Pond se inclinaron ansiosamente.

—¡Laisa!

—Vive aún—dijo el doctor sintiendo su pulso.

Ella entreabrió sus ojos y preguntó:

—¿Dónde está mi hijo?

—Duerme—le contestó David.—Mi mujer se encuentra a su lado.

Luisa, sonriendo levemente, dijo:

—Gracias... Dile a tu mujer que antes de morirme he tenido para ella palabras de agradecimiento.

Hablaba con dificultad, con pausas, siseando y apoyándose las manos en el pecho, como si quisiera sostener aún a su pobre corazón, que empezaba a romperse.

—¡Mi hijo!—exclamó.

Y su alma proyectóse hasta la alcoba donde Berta se encontraba con el niño, cumpliendo su promesa de ser para él como una madre.

Al otro lado, en el salón de fiestas, los invitados se habían enlazado por parejas. Sonaba la orquesta con una música rica y alegre, llena de vida...

...Deloryse se animó oyéndola.

—¡No se han dado cuenta de que me estoy muriendo!... Mi sueño de siempre... morir así... ¡Que nadie sepa que detrás de la cortina se oculta un profundo dolor!... ¡Yo no quiero turbar su alegría!... Vengan sus risas a mí para servirme de cortejo en mi marcha hacia la muerte...

Intentó levantarse, apoyándose en un brazo.

—Adiós, Graven... He tenido en usted un excelente amigo, tan bueno que le bendigo al morir como a un padre,

El doctor apoyó su mano cariñosa en la cabeza de Luisa.

—Adiós, Henrieta... Ya ves, querida mía, yo creí tener dos David, y me he quedado



Así murió Luisa Boncher, la gran *Deloryse*, cuyo corazón de madre se rompió al perder a su hijo.

sin ninguno... Tú has sido para mí como una madre... No te separes de mi hijo... Vivirás en esta casa...

Fijó los ojos en Auson-Pond.

—Adiós, David... Te perdono el daño que, sin mala voluntad, me hiciste... A ti, que eres su padre, te encomiendo el niño...

Su voz se trancó en un gemido. Todos se inclinaron sobre ella.

—Aun no—dijo Deloryse.—¡David!... La primera vez que te ofrecí mi cariño te hice la promesa de que te amaría hasta la muerte... Pues bien, cumplo mi promesa, pues muero amándote...

Su cabeza se dobló. Ya no velan sus ojos, en los que empezaban a precipitarse las sombras... Sonaba como un silbido su respiración anhelante...

Y siguió la fiesta cerca de la moribunda, que en su agonía gustaba las caricias de la orquesta, cuya música había acompasado su última danza.

—¡Días míos!... ¡Mi hijo!—exclamó aún.

Y sus ojos fueron cerrados por los dedos de la Muerte.

Así murió Luisa Boucher, la gran Deloryse, cuyo corazón de madre se rompió al perder a su hijo.

FIN

TÍTULOS DE LOS LIBROS PUBLICADOS EN LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

LOS HIJOS DE NADIE

La película que no olvidará usted nunca.

EL TRIUNFO DE LA MUJER

de Severin Marx.

EL PRISIONERO DE ZENDA

Alice Terry, Ramón Navarro, Louis Stone, etc.

EL JOVEN MEDARDUS

Michael Warkent.

LOS ENEMIGOS DE LA MUJER

de V. Blasco Ibañeta.

UNA MUJER DE PARÍS

Edna Purviance.

EL CORSARIO

André Navelli.

PARA TODA LA VIDA

de Jacinto Benavente.

CYRANO DE BERGERAC

de Edmond Rostand.

DE MUJER A MUJER

por Betty Compson.

En prensa: ¡Grandioso acontecimiento!

Precio de cada libro: UNA PESETA

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

es la simpática publicación aprobada
unánimemente por los mejores nove-
listas que ofrece para todos los gustos

NÚMEROS PUBLICADOS

1. No hay juegos con el amor, 3 edic.—2. El Valle Florido, 3 edic.—3. Anos de odio, 3 edic.—4. La Virgen de las Rocas, 3 edic.—5. La culpa ajena, 3 edic.—6. De hombre a hombre, 3 edic.—7. Una mujer, 3 edic.—8. Desollado y suplicatorio (extra), 3 edic.—9. Desolación, 3 edic.—10. El Hambre, 3 edic.—11. Jimmy Sanson, 3 edic.—12. La primera noche, 3 edic.—13. El pequeño Lord Fawceter (primera jornada), 3 edic.—14. El pequeño Lord Fawceter (segunda jornada), 3 edic.—15. La Tumba, 3 edic.—16. Elor de amor, 3 edic.—17. La Penitencia Negra, 3 edic.—18. Bajo dos banderas, 3 edic.—19. Corazón de lobo, 3 edic.—20. Sueños juveniles, 3 edic.—21. El mundo y la mujer, 3 edic.—22. Corazones humanos, 3 edic.—23. El secreto gordo, 3 edic.—24. La desolación, 3 edic.—25. Roca de los huesos (extra), 3 edic.—26. La Verdad Desnuda, 3 edic.—27. El octavo no mentir, 3 edic.—28. Una la hermosa, 3 edic.—29. La hija del pasado, 3 edic.—30. La reina del taxi, 3 edic.—31. La hija de los trapeiros, 3 edic.—32. El príncipe oculto, 3 edic.—33. Lluvia del cielo, 3 edic.—34. Mujeres frías, 3 edic.—35. Al oír del hogar, 3 edic.—36. Sapho, 3 edic.—37. Derecho de París, 3 edic.—38. Lo que vale una mujer, 3 edic.—39. El Valle de los Gigantes, 3 edic.—40. La sombra del padre, 3 edic.—41. Madame Moreland (extra), 3 edic.—42. Un juego peligroso, 3 edic.—43. De malagüera, 3 edic.—44. Veintitrés horas y media de penitencia, 3 edic.—45. El delirio, 3 edic.—46. La hija del Arrabal, 3 edic.—47. El rancío del río, 3 edic.—48. El invierno, 3 edic.—49. De los continentes de América Norte, 3 edic.—50. Entre lúctas, 3 edic.—51. La Rosa de Nueva York (extra), 3 edic.—52. El preso de la bella, 3 edic.—53. Contra viento y marea, 3 edic.—54. No me olvides, 3 edic.—55. En los jardines de Murcia (María del Carmen), 3 edic.—56. Sacrificio de amor, 3 edic.—57. Eugenia Grandet, 3 edic.—58. La Bohème (extra), 3 edic.—59. (Pobre Violeta), 3 edic.—60. Realidad de la vida, 3 edic.—61. (John

occident), 3 edic.—62. Las dos hermanas, 3 edic.—63. El pozo de perlas, 3 edic.—64. La sin ventura (extra), 3 edic.—65. NÚMERO ALMA NAQUE, 3 edic.—66. El pequeño portento, 3 edic.—67. La famosa señora de París, 3 edic.—68. La agencia sensacional, 3 edic.—69. El Secreto del Polibolista (extra), 3 edic.—70. La Quinta Avenida, 3 edic.—71. El duodécimo mandamiento, 3 edic.—72. Marusa, 3 edic.—73. La hija del Nuevo Hijo, 3 edic.—74. ¿Qué fue el cambio de esposas? (extra), 3 edic.—75. Redacción, 3 edic.—76. La Dama, 3 edic.—77. Como la arena, 3 edic.—78. La casa roja, 3 edic.—79. El encanto de Nueva York, 3 edic.—80. Romancillo americano (extra), 3 edic.—81. Roserita la Conjurada, 3 edic.—82. La pelona sin título, 3 edic.—83. Una mujer como otra cualquiera, 3 edic.—84. Todos los hombres tienen secretos, 3 edic.—85. La familia (extra), 3 edic.—86. Los ojos del alma, 3 edic.—87. Gloria fatal, 3 edic.—88. Lo que las mujeres quieren, ESPECIAL DEDICADO A POLA, 3 edic.—89. Una novela para los ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOTTIE FAIRBANKS, 3 edic.—90. El amor de París, 3 edic.—91. Las centurias del Destino, (extra), 3 edic.—92. Redacción, 3 edic.—93. Alma de Dios, 3 edic.—94. La señora del pelo corto, 3 edic.—95. Las almas de los hombres ricos, 3 edic.—96. El invisible y su esposa (extra), 3 edic.—97. La purita oculta, 3 edic.—98. Una pobre mujer, 3 edic.—99. A todo trance, 3 edic.—100. ¿Por qué tanta pena?—101. La Casa de la Selva (extra), 3 edic.—102. La primera Dedicación, Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUINER), 3 edic.—103. En busca de la felicidad, 3 edic.—104. El amor eterno, 3 edic.—105. Amor de árabe, 3 edic.—106. El pueblo de rosa, 3 edic.—107. El Milagro (extra), 3 edic.—108. Rosa y lágrimas, 3 edic.—109. El Nido de Amor, 3 edic.—110. La venganza de una loca, 3 edic.—111. Jura de sí mismo, 3 edic.—112. El caballero sin boca (extra), 3 edic.—113. I Pagliacci, 3 edic.—114. La isla malicia, 3 edic.—115. Donador del amor, 3 edic.—116. Fruta prohibida, 3 edic.—117. Veintidós de impudencia (extra), 3 edic.—118. Calvario de amor, El Ladrón de Bopón (ESPECIAL), 3 edic.—119. El amor de ser distinguido y encantadora, 3 edic.—120. La dama de los camellos, 3 edic.—121. El maravilloso, 3 edic.—122. El sargento O'Malley, 3 edic.—123. Respuesta a la mujer (extra), 3 edic.—124. La melancolía de Francis, 3 edic.—125. El amigo de un maluco, 3 edic.—126. Lo que vale una mujer, 3 edic.—127. El espíritu de una dama, 3 edic.—128. Corazón de amor (extra), 3 edic.—129. La maritima que se quita las alas, 3 edic.—130. Perida de juventud, 3 edic.—131. Sacramentos,

POSTAL - FOTOGRAFÍA

1. Douglas Fairbanks.—2. Mary Pickford.—3. Charles Chaplin.—4. Pola Negri.—5. Antonio Moreno.—6. Priscilla Dean.—7. Eddie Polo.—8. Mary Douglas.—9. Wanchen Berlin.—10. Harold Lloyd.—11. Constance Talmadge.—12. Frank Mayo.—13. Max Baer.—14. Rex Turpin.—15. Pina Maudslott.—16. Livin Pavantelli.—17. Norma Talmadge.—18. Tom Mix.

10, Gladys Walton.—20, Aimé Simon Girard.—21, June Caprice.—22, Eileen Hayakawa.—23, Alice Brady.—24, Georges Escent.—25, Hesperia.—26, Harry Carey.—27, Mary Miles Minter.—28, Charles Ray.—29, Ruth Roland.—30, William Duncan.—31, Pola Negri.—32, Wallace Reid.—33, Henry Markowski.—34, Jorge Wolsch.—35, Viola Dana.—36, Camilo de Rion.—37, Alice Terry.—38, Hoof Olson.—39, Clara Kimball Young.—40, Lee Moran.—41, Maria Jacobini.—42, William S. Hart.—43, Tora Aoki.—44, Herbert Rawlinson.—45, Betty Compson.—46, Jackie Coogan.—47, Dorothy Dalton.—48, Larry Semon.—49, Mahel Normand.—50, Gustavo Simons.—51, Marie Dupont.—52, Alberto Capucci.—53, Loretta Jay.—54, Charles Hutchison.—55, Glotia Swanson.—56, Rodolfo Valentino.—57, Mary Mae Avery.—58, Mattie Bonnard.—59, Eva May.—60, Milton Sills.—61, Margaret Livingston.—62, Benedito Zucconi.—63, Mae Murray.—64, Sheila Pollard.—65, Bobi Daniels.—66, William Farnum.—67, Catalina Williams.—68, Alberto Colla.—69, Lillian Gish.—70, Max Linder.—71, Hope Hampton.—72, Thomas Meighan.—73, Mary Philbin.—74, Raada Navarro.—75, Alla Nazimova.—76, Tullio Carminati.—77, Virginia Valli.—78, Eric Von Stroheim.—79, Beth Miller.—80, Will Rogers.—81, Jacqueline Logan.—82, Tom Moore.—83, Beata Levi.—84, Wesley Barry.—85, Mame Robinson.—86, Lou Chaney.—87, Odette Griffith.—88, Douglas Fairbanks (hijo) Polo (Special).—89, Anita Stewart.—90, Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Special).—91, Jack Pickford.—92, Italia Almirante Manzini.—93, Douglas MacLean.—94, Mlle. Nadia.—95, Johnny Jones.—96, Marguerite de la Motte.—97, Moritz Kerry.—98, Elmer Farr.—99, William Russell.—100, Pauley Bath Miller.—101, Emilia Chione.—102, Marie Osborne.—103, Lewis Stone.—104, ANUEL GUTIERRA (Special).—105, Mildred Harris.—106, Charles de Roche.—107, Euid Bennett.—108, Buddy Messinger.—109, Luis Wilson.—110, Elliot Dexter.—111, Geraldine Farrer.—112, Gertrude Hughes.—113, Katherine MacDonald.—114, Daila Williams.—115, Ginevra Maddie.—116, John Barrymore.—117, Louise Lornago.—118, Pola Negri.—119, Mae Marsh.—120, Alec B. Francis Douglas Pollock (Special).—121, Fritz Ridgway.—122, George Hackett.—123, Alma Bennett.—124, Emma Petetti.—125, William Bedford.—126, Frances Stanley.—127, Vera Vergant.—128, Monte Blue.—129, Billie Burke.—130, Jack Holt.—131, Dorothy Phillips.—132, Melvyn Mae Gregg.—133, Gail O'Grady.

PRECIOS. Números corrientes . . . 25 céntimos
Números extraordinarios . 50 céntimos

COMPRE USTED

EL ESPLÉNDIDO

NÚMERO ALMANAQUE

La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un

Lujoso ALBUM

para coleccionar las

POSTALES DEL AÑO 1924

UN ÉXITO ENORME

está obteniendo el 5.º libro de la

BIBLIOTECA

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

DE

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

LA INHUMANA

interpretada por el hombre más guapo del mundo

JAQUE CATELAIN

En esta misma biblioteca se van publicando
las siguientes preciosas novelas:

FERRAGUS (Los Trece) (H. de Balzac)

EL PAGO QUE DAN LOS HIJOS

(Guy de Maupassant)

BAJO LAS GARRAS DEL ORO

(H. de Balzac)

EL ESCÁNDALO (Henri Batillon)

Precio de cada libro: **UNA PESETA**